
LUIS HUMBERTO CROSTHWAITE
El último show del Elegante Joan
RANDOM HOUSE

LUIS HUMBERTO CROSTHWAITE

El último show del Elegante Joan



RANDOM HOUSE

Este libro es para Karla Rojas Arellano.

*Porque me halló en un puesto de cháchara*s
y se dedicó a repararme. Arregló, calibró,
engrasó, cambió el aceite viejo...
Y tras observar en mí un nuevo brillo,
una nueva vitalidad, decidió regresarme
al mundo de los objetos útiles.

CARTA ABIERTA

Al Lector *Lectora* Lectore,
autoridades competentes y
opinión pública:



Por medio de la presente hacemos de su conocimiento que los abajo firmantes, miembros activos del Ilustrísimo Sindicato Mundial de Personajes Ficticios, protestamos por el maltrato al que fuimos sometidos durante la elaboración de este libro.

Según el contrato colectivo de trabajo que convinimos con el C. Luis Humberto Crosthwaite (en lo sucesivo "el escritor"), existían directrices específicas para la elaboración de los cuentos aquí incluidos. Estas no fueron respetadas por "el escritor", además de que nos expuso a trabajos adicionales que realizamos sin queja alguna, anteponiendo siempre la noble labor de llevar solaz y entretenimiento al público.

Al finalizar nuestras funciones, esperábamos recibir los honorarios acordados, según el tabulador vigente, además de una compensación justa por las interminables horas extra que invertimos y el estrés que nos generaron los reiterados cambios de opinión en los que incurrió "el escritor" durante la realización de su libro, los cuales incluyeron

arbitrarias y bruscas transformaciones de nuestro perfil psicológico y hasta de nuestra identidad sexual, con tal de que sus cuentos quedaran “bonitos”. Lamentablemente no recibimos remuneración alguna.

El presente posicionamiento lo realizamos con el fin de que nuestros derechos, y los de todos nuestros camaradas afiliados al Ilustrísimo Sindicato Mundial de Personajes Ficticios, sean respetados en futuras colaboraciones con otros escritores de cuentos o novelas. Sobra decir que con “el escritor” no volveremos a trabajar. Por una justicia plena y equitativa para los personajes ficticios del mundo, firmamos los personajes de este libro:

¡Poetas!

Amantes venidos a menos

Jóvenes escritores

Enfermos psiquiátricos

novias enamoradas

Niñas bateristas

Editoras panameñas

Compositores de corridos

Narradores

Señores y señoras cerillos

Estudiantes de Literatura.

PROFES DE SECUNDARIA

Cornudos gringos

Hombres despechados

El Elegante Joan

POESÍA
SHAOLÍN

Mi papá es un hombre de pocas palabras. Dice lo que tiene que decir y calla, no desperdicia. Por eso me sorprende que quiera hablar conmigo esta noche. Rumbo a casa, pasamos por una tienda donde él compra un par de refrescos y, al salir, me invita a sentarnos en el bordillo de la acera. Una media luna ilumina la calle.

Durante varios minutos solo contemplamos la noche, el alumbrado ámbar que proyectan las luces mercuriales sobre las otras escuelas y los carros que pasan frente a nosotros.

—Desde nuestro lugar de tranquilidad —dice—, es fácil suponer que la armonía que hoy sentimos en la colonia Madrigal ha existido desde siempre.

Cuando habla intento adivinar su estado de ánimo. Deseo verlo sonreír. Pero así como es un hombre de pocas palabras, también lo es de pocas expresiones: felicidad, tristeza, alegría, dolor, parecen ser, para él, representaciones de una misma sensibilidad.

—¿Quieres que te cuente una historia? —me pregunta.

—Sí, padre.

二

El impasible rostro de mi padre. La historia que narra es para mí, para la noche y para el silencio:

Cuando tu abuelo llegó a la colonia había muy pocas escuelas de poesía. Los maestros eran recelosos y desconfiados. No era como hoy que se enseñan técnicas mixtas; entonces, cada institución se especializaba en una sola práctica que debía perfeccionarse a lo largo de la vida. Él se había formado con la enseñanza de grandes poetas y portaba el conocimiento de nuevas formas que consideraba dignas de dar a conocer.

No es fácil abrir un centro educativo; menos en un lugar inhóspito, donde nadie te conoce ni quiere saber de ti. El nuevo maestro alquiló un espacio pequeño, puso un letrero (clases de poesía) y esperó la llegada de alumnos. De vez en cuando se acercaban jóvenes curiosos, nerviosos aspirantes a poetas, pero ninguno se comprometía a inscribirse. Había curiosidad y desconfianza.

Tu abuelo sabía que el inicio de cualquier empeño requiere distintos grados de paciencia. Permaneció sentado junto al letrero, a veces fumando su pipa, a veces moviendo un abanico para ahuyentar el calor. Pasaron meses antes de que algún prospecto de estudiante se atreviera. Un día llegó un joven.

—Quiero saber qué enseñas —dijo, tuteándolo.

Tu abuelo se mantuvo ecuánime ante la arrogancia del joven. Con una apacible sonrisa le explicó las formas de poesía que había aprendido de sus predecesores.

—Esas son tonterías —dijo el joven con aplomo—, yo soy alumno de la academia Francisco de Quevedo. Mi shifu Armando Ledezma de Alanís enseña las verdaderas técnicas poéticas. Todas las demás son engaños, inventos de estafadores.

—Entiendo —replicó el maestro, sin alterarse—. No dudo que las enseñanzas de tu ilustre mentor sean necesarias para una

comprensión histórica del arte poético, pero hay otras técnicas. Si gustas te hablo de ellas...

—Son pendejadas —interrumpió el joven y se marchó sin despedirse.

三

Mi papá levanta la vista hacia el cielo oscuro, detiene su relato mientras rugen los motores de un avión que pasa. Hay una fotografía de mi abuelo, en un nicho, a la entrada de nuestra escuela. Parece un retrato de mi papá. Los mismos rasgos nobles, la misma sagacidad, subrayada por una barba larga y blanca. Es el fundador.

Yo doy algunas clases, las materias que mi papá juzga que domino. Mi sendero es extenso, hay derroteros que no conozco; aun así, los alumnos, varios de mi edad, me tratan con una reverencia inmerecida. No soy como mi padre, ¿lo seré algún día?

Fue útil ese enfrentamiento con el estudiante. Provocó curiosidad entre unos jóvenes que habían sido testigos de la discusión. Tres de ellos se acercaron, solicitando una explicación más amplia de la poesía que tu abuelo promovía. Les habló de las dimensiones que alcanza el verso cuando es liberado de la rima y la métrica. Es una libertad piadosa, evasiva, que debe ser tratada con miramientos.

—Pero eso tú lo sabes, ¿verdad?

—Sí, padre.

Aquellos eran otros tiempos. Se conocía el verso libre pero no se difundía ya que los viejos mentores habían decidido amarrarse a las viejas costumbres. Los tres jóvenes coincidieron en que era justo lo que estaban buscando, un “algo” que los liberara de las ataduras de la métrica y los signos de exclamación. Hasta ese momento pensaban que tales cosas solo se hallaban en los sueños.

—Por favor, acéptenos en su academia —dijeron al unísono, poniendo una rodilla al suelo y ofreciendo cada uno un poema de su propia autoría, escrito sobre un papel.

Tu abuelo leyó cada uno de los poemas, luego dijo:

—Tienen sentido; pero carecen de vida. —Tras una pausa—: ¿Me permiten?

—Claro, por supuesto; son suyos, shifu.

Encendió un fósforo y quemó los papeles, uno tras otro.

—Tendrán que empezar de nuevo. El camino es largo, ¿están dispuestos?

—Por supuesto, shifu.

—Los acepto entonces —dijo a la vez que solicitaba que se pusieran de pie.

—Gracias —corearon.

Antes era solo un local, la ilusión de enseñanza. Con esos alumnos ya se le podía llamar escuela.



Las manos de mi papá, cruzadas, reposan sobre su regazo. No parece tener prisa por contar la historia. Me preocupa que el relato se alargue, sobre todo por mi madre que nos espera en casa con la cena servida.

—Acaba tu refresco —me ordena.

—Sí, padre.

—Nada de lo que te cuento es en vano, hijo. Sin embargo, para continuar con la historia necesito que cierres los ojos y mires mis palabras en tu mente.

Me pedía que utilizara la milenaria técnica de *visualización*. A mi edad, y sobre todo por ser su hijo, debería ser el alumno más destacado. Muy variados habían sido mis esfuerzos; mucha, mi dedicación. Aunque he destacado en varias de sus enseñanzas, sobre todo en el campo de la metonimia y la sinécdoque, confieso con pesar que no he logrado ser Uno-con-las-Palabras. Pensar en “playa” e imaginar un paisaje determinado es una cosa; otra es invocar el concepto y trasladarme a un espacio en mi mente donde logro sentir la arena bajo mis pies, la brisa en mi cuerpo, introducirme en el océano y nadar entre esas olas que yo mismo he creado.

No puedo hacerlo. Me gana el revoltijo de pensamientos, la falta de concentración.

—¿Lo puedes ver? —me pregunta.

—Lo intento, padre —respondo, inseguro.

Siento su mirada severa, lo entiendo: no quiere que solo escuche sus argumentos, quiere que los *visualice* para que trasciendan dentro de mí.

—A veces intentarlo no es suficiente —me dice—. También hay que desearlo.

五

Mi papá termina su refresco con un largo trago, coloca la botella en el suelo. Me ha pedido que cierre los ojos, que me concentre en su voz. Debo localizar un punto de equilibrio entre el sonido de sus palabras, su significado, mi respiración y la oscuridad detrás de mis párpados. Lo siento, padre, no encuentro más que vacío.

La vida no fue fácil para esos tres jóvenes poetas. Las lecciones eran duras y repetitivas. El cerebro humano se resiste, se esconde detrás de los viejos cánones. Es difícil observar con distinta luz el mismo camino que has recorrido toda la vida. Descubres detalles que antes parecían fuera de tu alcance: una piedra, una hierba, basura que estaba ahí pero que no tenías forma de ver. Hay rechazo, una resistencia inicial. A continuación, sin proponértelo, hallas lo que no sabías que se podía encontrar: el mismo camino con nuevas posibilidades.

La enseñanza ardua no fue el único reto para los estudiantes. Salían de clases y algunas veces se enfrentaban a los alumnos de otras escuelas que intentaban humillarlos.

—Miren a esos idiotas —dijo un pandillero que reía entre un grupo de seis—. Son los de la nueva academia.

Como era de esperarse, los jóvenes poetas perdían la cabeza cada vez que ocurría un enfrentamiento con las pandillas. En poco tiempo empezaba una discusión que por lo general terminaba en golpes. En una ocasión, tu abuelo salió del salón de clases e intervino:

—Les he dicho que no quiero pleitos —amonestó a sus alumnos.

—Ellos empezaron —dijo uno de los jóvenes poetas—. Lo insultan a usted y a nuestro noble centro de estudios.

—El honor no se defiende con los puños —dijo el maestro.

Se acercó a ellos el pandillero que había hablado anteriormente.

—¿Tú eres el profesor de estas lindas mariposas? —dijo en voz alta para que todos oyeran, lo cual causó risa entre sus amigos y

escozor entre los nuestros.

—Así es.

—Pues yo soy alumno de la academia Luis de Góngora, y mi shifu Jorge Humberto Hurtado de Mendoza dice que no sabes nada de nada.

Los jóvenes poetas se alteraron. Tu abuelo pronto los tranquilizó:

—Tenemos derecho a una opinión distinta en el vasto campo de la literatura. Con gusto podría compartir una taza de té con tu honorable mentor.

—Estás loco. Para poder llegar a él, tienes que pasar por encima de nosotros.

Los tres jóvenes poetas voltearon a ver a su shifu como diciendo "quihubo".

Me sorprende y agrada cuando mi papá agrega expresiones coloquiales a su narración. Oculto mi sonrisa por respeto, para no molestarlo.

Alzó la mano para calmarlos. Lo que hizo a continuación resultó inaudito para los presentes: se trataba de un susurro, un suave hálito de sílabas concatenadas que tu abuelo dirigió como un conjuro al pandillero.

Bajo el peso del amor
Del dolor
Bajo el peso de la nostalgia
En nombre de la libertad
Vagas por el mundo
Como mensaje en una botella.

¿Cómo explicar lo que ocurrió? Una repentina interrupción en el tiempo. Un instante de silencio absoluto. La realidad tomándose unos instantes para respirar, para sentir su propio aliento.

La fanfarronería del pandillero se detuvo en seco, poseído por un insondable sentimiento de paz. Cayó inerte sobre el pavimento. Ahora yacía en el suelo, ¿sonriendo, dormido, hipnotizado? Sus compañeros, sin entender, huyeron despavoridos. Nadie había visto semejante acontecimiento: que la palabra, que un poema, doblegara la voluntad de un ser humano.

—Vigilen el sueño del muchacho —ordenó a sus estudiantes antes de regresar a la escuela—. Cuando despierte, déjenlo seguir su camino y ustedes regresen a sus casas.



Abro mis ojos por un instante, tratando de que sea imperceptible. Observo una tenue curvatura en los labios de mi papá. ¿Acaso está sonriendo? La historia que cuenta sucedió antes de que él naciera, así que no se trata de un recuerdo. Quizás es la memoria de su propio padre, narrándole estos sucesos como él ahora me los cuenta a mí. La curvatura de sus labios es efímera.

—¿Lo puedes ver? —me pregunta.

—Lo intento, padre.

No sé si está alterado o molesto. ¿Se siente dichoso por el recuerdo que ha invocado? ¿Está decepcionado por mi fracaso, por la oscuridad detrás de mis párpados? No lo puedo saber. Aprieto los ojos y trato… trato de visualizar mientras él sigue con la historia:

La noticia del suceso llegó a todos los rincones de la colonia Madrigal. Hubo tantos nuevos ingresos que los alumnos ya no cabían en el pequeño local. Así fue cómo se mudó al espacio en donde trabajamos ahora. Inició alquilándolo, pero las colegiaturas pronto le ayudaron a comprar el terreno.

Era de esperarse: la noticia llegó a los maestros Armando Ledezma de Alanís y Jorge Humberto Hurtado de Mendoza. Este último fue el primero en acercarse.

—Lo felicito por sus logros —dijo a la vez que agradecía la taza de té que tu abuelo le servía.

—No son mis logros —respondió—, sino de la poesía.

—Claro.

—¿A qué debo el honor de su visita?

—Vine a disculparme. Algunos de mis pupilos se han portado mal con usted.

—No se preocupe. Imprudencia y juventud suelen ir de la mano.

—Pero uno de ellos lo insultó y eso es inadmisible. He oído que usted lo doblegó con sus palabras.

—Mis palabras son poca cosa, la poesía es grande.

—Estoy de acuerdo. Ahora ese estudiante es su alumno.

—Mis más sinceras disculpas si lo he ofendido por ello.

—Para nada, solo lo menciono.

—¿Gusta más té?

—Por favor. Quería admirar este liceo del que tanto se habla en la ciudad. Cada vez tiene más estudiantes.

—Me considero afortunado.

—Le confieso que yo no entiendo sus ideas. ¿Poemas sin rima, sin métrica y a veces sin signos de puntuación? Será que soy old-school y creo en las formalidades: un buen soneto, una redondilla, una octava real. ¡Eso es poesía! Asimismo, entiendo lo atractivas que pueden ser sus ideas para los jóvenes. Veo estudiantes conocidos entre sus filas, muchachos que desertaron de mi escuela y de la Quevedo.

Tengo el deseo de interrumpirlo y preguntarle si Hurtado de Mendoza en realidad usó el término old-school, que me parece fuera de lugar para la época (incluso para el vocabulario de mi padre). Pero no me atrevo; sería una muestra de mi falta de concentración.

—Créame que traté de disuadirlos.

—Le creo y no hay tanto problema conmigo, soy de mentalidad abierta. Pero Ledezma de Alanís… Lo conozco desde hace años y sé que puede ser bastante terco.

—Con gusto podría conversar con él.

—No es tan fácil, ¿sabe? Usted no le simpatiza, pero no lo tome personal: nadie le simpatiza.

Es curioso escuchar a mi papá cambiando el tono de su voz, como lo haría un actor, con el fin de que yo entienda quién está hablando, sin necesidad de agregar “dijo tu abuelo” o “dijo Hurtado de Mendoza”. Me siento como un niño a quien entretienen con un cuento antes de dormir.



¿Participo en un diálogo o solo soy un atento espectador? No quiero seguir en silencio. Le digo:

—Padre, estoy agradecido de que finalmente compartas conmigo nuestra historia.

No parece escucharme. Su silencio me duele. Creo que su decepción es tan grande que no puede siquiera reconocer mi agradecimiento.

Es obvio que tu abuelo no quería un pleito con Ledezma de Alanís. Por el contrario, soñaba con armonía y colaboración. En la colonia Madrigal no solo había lugar para esas tres instituciones sino para muchas más. Imaginaba desde entonces un tiempo como en el que vivimos ahora: las academias de poesía, una junto a la otra como libros, en formación, sin competir: fuentes de sabiduría para los habitantes de la ciudad.

La imagen me gusta. La hilera de escuelas que se encuentra a nuestro alrededor. Los edificios paralelos y asonantes resplandecen en su simetría perfecta como si hubieran sido construidos por un mismo arquitecto y no por el esfuerzo de hombres como mi abuelo.

Lamentablemente, Ledezma de Alanís no era de la misma opinión. Un día llegó uno de sus alumnos para entregar un documento. En él se hacía formal el reto que dirigía al "intruso de la colonia" para definir, "de una vez por todas, cuál es la verdadera poesía".

La formalidad del reto, redactado en decapentasílabos, impedía que fuera rechazado. Era una cuestión de pundonor en el más estricto sentido de la tradición poética. Negarse habría empeorado el asunto, mancillando la respetabilidad de ambas instituciones.



—¿Lo puedes ver?

—Lo intento, padre.

—Visualiza: ahí estamos, tu abuelo y yo. Busca nuestros rostros entre las sombras, que el poema te guíe, el poema libre de ataduras formales. ¿Puedes ver su armonía, su poder? Eres poeta, recuérdalo. Hijo de poeta, nieto de poeta. ¿Acaso no sientes el llamado de tus raíces?

Visualiza: el nuevo maestro acude temprano a la cita. La noticia se ha esparcido por la ciudad y un tumulto se ha reunido en el lugar designado. Acuden reporteros, ansiosos por la noticia. Para tu abuelo el recibimiento es excesivo. Tantos gritos de júbilo y abucheos, hubiera preferido un modesto intercambio de ideas. Pero Ledezma de Alanís anhela que sea una lección ejemplar, un grave mensaje para quienes quieran abrir escuelas en la colonia Madrigal.

Cargado voy de mí, veo delante

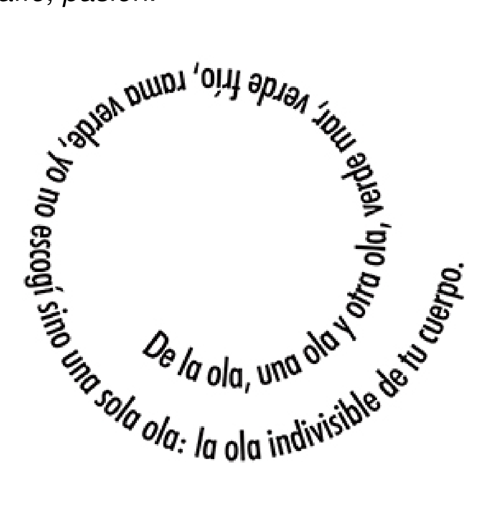
muerte, que me amenaza la jornada:

ir porfiando por la senda errada

más de necio será que de constante.

Visualiza: cuando llega el retador, no hay un intercambio inicial de argumentos, ninguno trata de disuadir al otro antes del metafórico campanazo. Es un asunto que solo se remedia con las armas que ambos poseen. Ledezma de Alanís inaugura el ataque con una versificación perfecta, una danza de sílabas que llega a tu abuelo de golpe, aturdiendo sus sentidos. Alrededor, el vitoreo de los estudiantes de la Quevedo se une al griterío de los nuestros, ambas bancas

profetizando un raudo desenlace. Con dificultad, tu abuelo se mantiene erguido, sacudiéndose de encima la sensualidad de la poética antigua. Se deja arrullar por ella, reconoce su poder. Quizás pienses que intentará el mismo método que usó con el pandillero para desarmarlo. No lo hace porque sabe que Ledezma de Alanís es un rival superior; necesita de todo su empeño y creatividad para vencerlo. Lanza una serie de versos en cascada, caligramas que no llegan a su destino en un solo impacto, sino como una sucesión escalonada de analogías que sorprenden a Ledezma de Alanís, quien trastabilla y da unos pasos atrás. Se repone de la sorpresa y contraataca con una artillería de elegías y romances que tu abuelo apenas puede contener. La batalla se vuelve cruenta. Nadie ha visto tanto intercambio de amor, dolor, desafío, pasión.



—¿Lo puedes ver, hijo mío?

九

Lo intentas. Lo intentas con todas tus fuerzas.

¿Ves acaso una luz en el interior de tus párpados?

¿Centellas diminutas como gotas?

Son manchas pequeñas como la llovizna que se anuncia sobre el cristal de las ventanas.

Gotas que se alargan como lágrimas.

¿Es así como un ciego empieza a ver?

¿Así nos encandila la luz por primera vez?

Ahora se presenta un cúmulo de matices.

Los amarillos y anaranjados.

Colores suaves, armoniosos.

Brochazos de un verde ligero.

Cada vez más intensos, arriban los magentas.

Ráfagas carmesí.

Relámpagos marrones, castaños, se oscurecen, trocándose en grises y negros; colores rabiosos que intentan opacar la palidez de los tonos más suaves. Es contraproducente: surge una mezcla poderosa, tornasolada. Aparecen figuras. Amorfas.

Lentamente: un árbol.

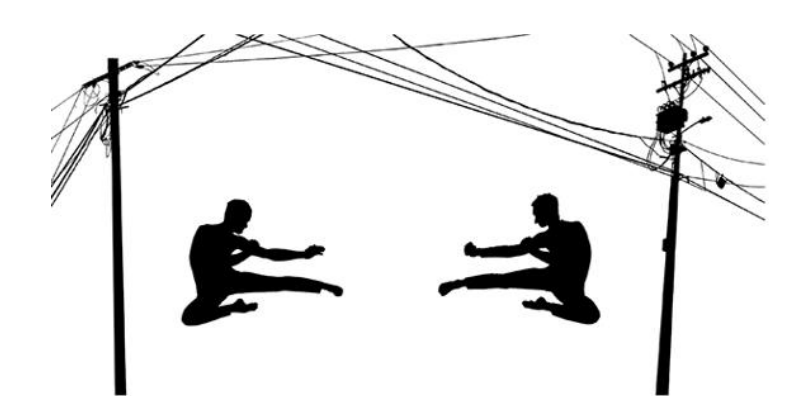
Lentamente: un perro jadeando,
un gato que se escabulle.

Lentamente: manos, brazos, piernas.

Expresiones de niños, mujeres, vendedores ambulantes, rasgos distintos, eufóricos, asombrados.

En un inicio solo puedes ver lo que está cerca, el trasfondo protegido por una penetrante miopía. Ahora puedes ver todo en derredor: la claridad de un cielo sin nubes; un azul libre de imperfecciones, consumado. El sol en el centro. La iluminación de un día cualquiera y a la vez inolvidable. Caminas hacia la multitud que se

ha reunido alrededor de los poetas. Dos grandes maestros que, con sortilegios versificados, controlan el tiempo, manipulan las leyes de la física y la gravedad: ascienden, permanecen en el aire unos segundos, se atacan, resisten, contraatacan.



Es importante que llegues al frente, delante de la valla humana, para verlo todo desde cerca. Antes, debes atravesar un océano encabritado. Con gran esfuerzo te abres paso entre el tumulto. Avanzas unos metros cuando sientes que se apodera de ti una sensación incómoda, asfixiante, como si estuvieras en el interior de un cuerpo viviente, las entrañas de una bestia. Codeas, buscas espacios, huecos por donde introducirte. Tu marcha se detiene. Avanzas.

Topas. Te sorprende un suspiro de asombro colectivo cuyo origen no alcanzas a ver. Reptas, descubres recovecos, te adelantas. La algarabía se ha transformado en un poderoso silencio, un pasmo colectivo. No hay ruido entre los espectadores, solo un mutismo insoportable; la desbocada euforia que se ha vuelto sigilo, estupor. ¿Avanzas o retrocedes? No lo sabes. Estás perdido, cansado, a punto de rendirte, desaparecer entre la multitud. De pronto la valla se abre y un mar de luz te sorprende. Sin perder el tiempo buscas alcanzarlo, desesperado, temeroso de que desaparezca.

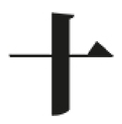
Estás al frente. Respiras.

Desde ahí puedes verlo todo: el amplio espacio asoleado, un baldío donde refulgen dos figuras. Los dos poetas. Uno de ellos ataca con un verso que provoca una oleada de símbolos que estremece a la concurrencia. El otro retrocede. Es tu abuelo, sus rasgos inconfundibles, como los de tu padre, como los tuyos.

Ahí está,
de espaldas,
frente a ti,
tan cerca
que podrías
tocarlo.

Avizor, tu abuelo calcula su siguiente movimiento. Te aproximas con miedo y asombro, suavemente pones tu mano en su hombro. Su concentración es inquebrantable. Se prepara para el ataque; antes voltea, te dice: “Me da gusto que estés aquí”.

Sonríe antes de regresar al combate.



Mi papá, su tono inalterable, su voz de pocas palabras.

—¿Lo puedes ver? —Sigo con los ojos cerrados, intuyo que algo nota en mi rostro porque insiste—: Hijo, ¿puedes ver a tu abuelo?

Abro los ojos y mi respuesta es inequívoca.

—Sí, lo puedo ver. —Por supuesto, él ya lo sabe—. Pero dime, padre, ¿así es como se decidió la batalla?

Ya no habla para la noche y el silencio. Solo se dirige a mí: —Sí, hijo. Tal como lo visualizaste, así fue.

Mi papá se levanta, toma las dos botellas vacías y agrega: —Volvamos a casa, tu madre nos espera.

Somos dos sombras que caminan bajo una misma luz.

OPUS
MÁGNUM

Inicio con punto final

Empiezo a escribir estas líneas cuando el joven escritor deposita el punto final en el último párrafo de su obra maestra. Es un oscuro y redondo signo de puntuación, aquí puedes verlo:

.

Con él marca la terminación de un proyecto en el que invirtió cuatro años de esfuerzo. Se trata de una novela épica, extensión 1,872 páginas, redactadas con letra Times New Roman de 12 puntos, a doble renglón. Fue una labor colosal que nadie pensó posible para un joven como él, poco acostumbrado a las actividades físicas.

•

(Primer necesario paréntesis antes de continuar: Soy escritor. He hecho una pausa en la edificación de mi propia obra maestra con el fin de relatar esta peculiar historia. Dicho sea de paso: se trata de un paréntesis que he decidido hacer para liberarme de un bloqueo creativo que me ha impedido terminar un libro. ¿Acaso no es motivante escribir sobre alguien que no sabe de bloqueos y confía plenamente en sus capacidades?)

Continúa la historia

Regreso algunos años en el tiempo para relatar los orígenes del magno proyecto que emprendió el joven escritor. Se había graduado de la universidad y sus perspectivas laborales eran limitadas (estudió una licenciatura en Letras Hispánicas). Su papá, viendo que el futuro del muchacho no era prometedor, trató de convencerlo de aceptar una vacante en el despacho donde trabajaba. Debería seguir su ejemplo en el brioso sendero de la contabilidad y la administración de empresas.

El hijo se ofendió/defendió con estas palabras: “He leído a eminentes poetas, excelsos teóricos literarios y grandes autores de la literatura universal. Mi cerebro está lleno de conocimiento etéreo,

trascendente”. Y, sin considerar los sentimientos del padre, agregó: “Para mí la contabilidad no es más que el oficio de poner números dentro de cuadritos”. Fue categórico cuando rechazó la oferta de su padre porque sentía/ sabía que su destino era sublime; su futuro, glorioso.

Un día convocó a papá y mamá en la sala de su casa para declarar con solemnidad sus planes a corto plazo: escribiría una novela épica de 1,872 páginas, redactadas con letra Times New Roman de 12 puntos, a doble renglón. Según sus cálculos, la terminaría en cuatro años. Durante ese lapso no deseaba hacer otra cosa más que dedicarse a su magno proyecto. Para terminar, los exhortó a que fueran comprensivos. Acto seguido, el hijo pidió un poco de dinero para invitar a su novia al cine. Ellos se resignaron.

Una chica que lo admiraba de verdad

Ella se llamaba Martha, era asistente ejecutiva y quería mucho a su novio. Además, le asombraban sus amplias lecturas, que habían dotado al muchacho de un profundo conocimiento sobre la naturaleza humana desde distintas perspectivas: psicológicas, antropológicas, filológicas, epistemológicas… (solo por mencionar a las más lógicas). Sus maestros eran sabios autores de lejanas tierras, a quienes podía citar verbatim debido a su buena memoria. De hecho, lo hacía a menudo. Cuando se dirigía a su novia, no desaprovechaba la ocasión para iniciar sus conversaciones con un “como dijo el maestro Zutano”, seguido de una cita del mencionado maestro, como puede observarse en el siguiente intercambio:

—¿Qué película vamos a ver? —preguntó ella.

—Como dijo el maestro Thomas Mann —respondió él—: Las opciones ante las que el par de amantes se encontraba eran heterogéneas y siniestras. La dificultad de alzaprimar sus decisiones no dependía solo de su mutua veneración ni de sus intereses comunes, soliviantados por los caminos de la vida, sino del valor que ambos depositaban en aquello que los postraba.

Martha admiraba ese tipo de respuestas (no conocía a otro joven como él), aunque el entretejido de ideas no resolvía situaciones prácticas como seleccionar una película o comprar un capuchino. En su corto noviazgo, tres meses por aquel entonces, había aprendido a interpretarlas de esta manera: quiere que yo escoja.

Es triste tener que narrar las verdaderas intenciones del protoescritor: la cita del maestro Mann (que no se encuentra en

ninguno de sus libros, por cierto) camuflaba su nerviosismo e inseguridad. El tiempo que pretendía invertir en su proyecto (536 palabras al día, para ser preciso) demandaba de muchísimos sacrificios; entre ellos, cortarle la cabeza a su vida social, no más películas con palomitas ni charlas frente a un capuchino, no más besos subrepticios ni manoseos furtivos bajo un zaguán. ¡No más novia! Tenía que ser sincero con Martha. Sin embargo, siendo de género masculino, al joven le incomodaba la franqueza. Su masculinidad le obligaba a dar largas vueltas a los asuntos emocionales: le pidió un poco de tiempo libre, una pausa en su relación sentimental. Prometió regresar a sus brazos una vez que su obra magna estuviera finalizada.

Aunque aderezó sus argumentos con una cita de Pío Baroja, hubiera sido más fácil decirle adiós.

Y ahora qué (primera parte)

Cuatro años y 1,872 páginas después, el joven colocó el punto final, oscuro y redondo, en la pantalla de su computadora. Satisfecho, contemplaba con admiración el mamotreto que ahora lo retaba a dar el siguiente paso. Imprimió múltiples ejemplares que requirieron múltiples resmas de papel. Envió sendos paquetes (en realidad, cajas), por mensajería especializada, a las diez editoriales más prestigiosas de Hispanoamérica (es obvio que no confíaba en los medios electrónicos). Esperó las ofertas monetarias que sin duda llegarían. Porque ¿quién no querría publicar la obra que revolucionará a la literatura mundial?

Pasó un mes. Se preguntó si había depositado demasiada confianza en los servicios de mensajería especializada, ¿qué tal si los paquetes (en realidad, cajas) nunca arribaron a sus destinos?, ¿qué tal si el avión en el que viajaban sufrió una avería? Imaginó sus manuscritos, flotando sobre el océano o clavados en un peñón, desperdigados para siempre.

Pasó otro mes. Era inaudito que no hubiera llegado por lo menos uno de esos paquetes. Ya debería encontrarse en el escritorio de su futuro editor. Tras un suspiro, el joven tuvo un lapsus de reflexión, arrepintiéndose de su imprudencia. Esos manuscritos no solo tenían que llegar a los editores sino que ellos necesitaban tiempo para leerlos. En este mismo instante un editor debía estarse deleitando con la magnitud de su redacción. Lo imaginaba sollozando, cayendo al piso, pataleando por las sensaciones que provocaba la lectura de su

épica novela. El editor se pondría de hinojos para agradecer a Dios la oportunidad de tener semejante obra entre sus manos. No tardarán en llamarle.

Pasó el tercer mes. Algo no estaba bien. Se deslizó en sus cavilaciones la absurda posibilidad de no haber sido comprendido por los editores de su generación. Quizás no solo era un genio de la literatura, sino un autor adelantado a su época (léase el subrayado con sobresalto y escalofrío).

Y ahora qué (segunda parte)

El concepto adelantado a su época se volvió un grave problema para él. Había enviado ejemplares de su mamotreto no solo a las diez mejores editoriales de Hispanoamérica, sino a las diez medio mejores y a las diez medio regulares. La falta de respuesta era un pesado y truculento laberinto. Adelantado. Incomprendido. A. Su. Época. Le aterraba la posibilidad de que fueran las futuras generaciones quienes le rescataran y valoraran su *opus mágnum*. ¿De qué serviría el reconocimiento si él ya estaría muerto? Con desazón mandó su libro a las llamadas editoriales independientes, mismas que por fortuna existían a caudales en cada ciudad del mundo.

Este último esfuerzo fue igualmente inútil. Pasaron los meses y, de los cientos de paquetes (cajas) que envió, solo una pequeña editorial panameña se había dignado a responder. Y era solo una escueta línea: La tenemos y la estamos leyendo.

Ja, se dijo el joven escritor, ahora pesimista. Ja y ja, reiteró. Lo dudo. Nadie me lee, nadie me quiere leer.

Según sus estimaciones, se trataba de una conspiración en su contra. Con seguridad los editores del mundo habían leído su novela, admirado su delicada prosa, se habían sentido encandilados por el poder de sus ideas y hoy mismo se reunían para confabular:

Editor A: ¿Qué hacemos con esto?

Editor B: ¿Publicarlo?

Editor C: ¿Revolucionar la literatura?

Editor D: ¿Cuáles son los riesgos?

Despiadados. El temor los detenía. El miedo a perderlo todo, quedarse sin nada.

Editor E: ¿Saben cuándo la publicaremos?

Editores A, B, C, D y E: ¡Jamás!

Ciento veintitrés mil, cuatrocientos cincuenta y…
Llegó un segundo mensaje de Panamá: Hemos leído (y disfrutado) su novela. Reconocemos su enorme talento, sin embargo nuestro actual presupuesto nos prohíbe aventurarnos en una empresa de tales magnitudes.

Hijos de su puta madre, gritó el joven escritor, agregando múltiples signos de exclamación a tan excelsa frase. Y, mientras elevaba el puño hacia los cielos, exclamó: No leyeron mi libro. No lo leerán nunca.

Para comprobar la conspiración internacional en su contra, fingió agradecimiento y, en su respuesta, incluyó una codificada estratagema: Señores míos, agradezco sus comentarios, pero me gustaría saber su opinión sobre un capítulo en particular. Me refiero al de los camellos voladores.

Pronta respuesta: Joven escritor, usted sabe bien que no existen camellos voladores en su libro.

¿O acaso se refiere al capítulo donde mueren 123,455 ornitorrincos?

¡Leyeron su novela! ¡Y fue en serio! Lo demostraba la mención de los 123,455 ornitorrincos. De haber dicho 123,456 se habría desenmascarado su mala voluntad y su peor lectura.

De inmediato: Señores míos, como dijo el maestro Ismail Kadaré: Podría adjudicar mi torpeza a mi actual vejez o a la olvidada juventud que aún tiembla resentida entre mis desgastados huesos.

Respuesta: Lo entendemos. Es común que la gente piense que, por tratarse de una editorial independiente panameña, no dedicamos empeño a nuestra labor. Le aseguro que no somos chambones.

Cola entre las patas: Señores míos, lo siento.

Corrección panameña: No soy plural, solo una persona.

Un tanto apenado: Perdóneme, señor.

Nueva corrección panameña: No soy señor. Me llamo Martha.

Suspiro editorial

Ella se llamaba Martha, mas no era la asistente ejecutiva de antaño, sino una joven que mantenía, con esfuerzos y pericia, una editorial independiente en un suburbio de la capital panameña. Su inventario incluía cuatro títulos de autores locales, tirajes de cincuenta ejemplares cada uno, con serios problemas de distribución debido a su escasez de tiempo libre y un medio de transporte para distribuirlos.

Martha fue sincera con el joven escritor. El suyo no era un negocio editorial sino un enamoramiento editorial. Ella amaba diseñar portadas, numerar páginas, oler la tinta que se acababa de imprimir. Su esfuerzo la iluminaba, vigorizaba su razón de ser: el resultado era una fina colección de libros, encuadernados a mano con harta delicadeza. Artesanales, como se dice. Pagaba con su propio sueldo las ediciones. Por fortuna era soltera, tenía un gato poco exigente y un empleo estable en la universidad, de donde robaba el papel que usaba para las ediciones. Solo que hasta ahora ninguno de los cuatro títulos de su catálogo había rebasado las 30 páginas. Con todo y que a Martha le encantaría publicar la novela épica que había caído en sus manos, ni siquiera la universidad tenía suficiente papel en sus bodegas para “una empresa de tales magnitudes”.

Dicho sea de paso: las cuantiosas horas que dedicó a la lectura del mamotreto le causaron un singular alborozo. Descubrió entre sus páginas una voz auténtica, prodigiosa, con solucionables problemas sintácticos que no sabía, bien a bien, si eran erratas intencionales como las de James Joyce.

Le quedaba claro que nadie publicaría esa novela, mucho menos en estos tiempos cuando todo lo rige el dinero. Así como nadie se ocuparía de un nuevo Ulises, la novela épica del joven escritor estaba condenada al polvo y las telarañas. “La *inedición* (término que había acuñado como un paso natural entre edición e inanición) es el único y cruel desenlace para los genios auténticos”, pensaba Martha alzando el dedo índice. “Si yo tan solo pudiera publicar un libro así…”, y agregaba un suspiro y unos puntos suspensivos al final de sus pensamientos.

Empieza una anécdota con final doloroso

El joven escritor cayó en las garras de un editor despiadado.

—Yo te publico esa novela —dijo el editor, salivando.

—¿De veras? ¿La leyó? ¿Le gustó?

—Eso no importa. Si quieres publicar tu libro, págame un millón de pesos y haré de tu sueño una realidad.

¿Tan bajo he caído?, pensó el joven escritor, tapándose la cara con ambas manos. ¿Pagar por la edición de mi propio libro?

(Segundo necesario paréntesis antes de continuar: Como narrador de esta historia, siento el deber de aclarar que, independientemente de los sentimientos de nuestro protagonista, la publicación de un libro no es cuestión de caídas altas o bajas. Por encima de cualquier consideración ética, existía en él un sincero deseo de que sus párrafos conocieran la mirada de los lectores, de que esas miradas y esos párrafos formaran una dualidad, de que llegaran a ser mejores amigos. Por supuesto, el joven escritor era un joven escritor y no podía evitar jóvenes deseos de reconocimiento. Anhelaba recorrer calles y ser saludado, aplaudido, admirado. Las presentaciones de libros, ah. La gira mundial, ah. El coqueteo con los medios de comunicación, ¡ah!)

Continúa la anécdota con final doloroso

De rodillas y alzando los brazos como si estuviera postrado ante una autoridad divina (y, hasta cierto punto, lo estaba), el joven escritor confesó su deseo a la autora de sus días: Quiero ser publicado, Madre Mía, publicado y reconocido como el genio que soy y que tú (por un divino azar) has traído al mundo.

¿Qué puede hacer una mamá en tales circunstancias? ¿Habrá quien la culpe por actuar a favor de su hijo? Por un instante, la mujer vio pasar en su mente la historia de ese niño que ella siempre consideró un prodigio: el doloroso parto, los olorosos cambios de pañal, las vomitadas, el primer día de kínder, el vals de graduación de la primaria… (tampoco estorbó la dedicatoria que justamente hoy amaneció en el mamotreto: “Para mi madre, a quien le debo más que la vida”). Ella cedió como lo haría cualquier madre; total, era un sacrificio más en el arduo sendero sacrificial de las madres mexicanas. Dialogó con su marido y, bajo amenaza de divorcio, lo conminó a hipotecar la casa, lo cual hizo sin chistar.

Ya no alargo más el cuento durante este pasaje doloroso: el editor no publicó el libro y huyó con el dinero.

Mírenlo ahora

Se viste con pulcritud (ropa de poliéster, zapatos negros bien boleados) y cada mañana acompaña a su padre al despacho contable. Se sienta ante un pequeño escritorio, junto a otros pequeños escritorios, cada uno con su propio joven, su propia historia, su propia frustración. Suspiran al unísono.

El joven realiza con diligencia sus actividades en una computadora. Se ha vuelto un exescritor taciturno, avezado en hojas de cálculo Excel. Conmueve un detalle: ese recibo de papel que él ha enmarcado como un retrato. Un pequeño letrero que dice: El último capuchino con M.

Alteros de hojas con cuadritos vacíos piden su alimento numérico como polluelos exigentes. Con rapidez, el joven realiza sumas y multiplicaciones. Se ha despedido de sus sueños (adiós, adiós) literarios. Ha desplazado de sus pensamientos y emociones esa novela épica que ahora duerme, silente, debajo de su cama, acumulando polvo y telarañas. Una obra más que hubiera revolucionado la literatura mundial, una más que se pierde para siempre.

El joven asistente de contabilidad ya no piensa en aquellos delirios de escritor que ahora califica como chiflados. Ha exorcizado la quimera de la fama. Los lectores, que en su imaginación hacían filas para obtener autógrafo, se han retirado de su mente, aburridos por la espera.

Aun así, es aries y no deja de tener su lado optimista. Ha descubierto algo de dicha en esa colección de números en cuadritos que es la contabilidad. Su vida social ha despuntado como una veleta desde que platica con una compañera de trabajo cuyo nombre es Martita. Se trata de la más pura y extraordinaria coincidencia.

Final con punto… ¿final?

Si algún lector me preguntara cuál es la mejor conclusión para una historia como esta, opinaría que los finales más sencillos, apegados a la realidad, son, si no los mejores, por lo menos los más asépticos. Aunque los hilos de la vida suelen repetirse entre un individuo y otro, yo no soy quién para especular sobre el futuro del joven contador. Yo mismo, como declaré al principio, no soy más que un escritor, un inventor de historias que, libre de su bloqueo creativo, regresa a teclear palabras que forman oraciones, que construyen párrafos, que generan capítulos y que, si hay justicia en el mundo, encontrarán en

su camino a un noble editor.

Por lo pronto, pospongo solo unos momentos el regreso a mi propia obra cumbre para compartir una pequeña nota esperanzadora que acabo de encontrar en las noticias de hoy, y que agrego como *post scriptum* para beneficio del lector:

Ciudad de Panamá (AP). El doctor Eduardo Flores Castro, rector de la benemérita Universidad de Panamá, denunció ante las autoridades el robo de un gran cargamento de papel que la semana pasada había recibido la máxima casa de estudios. Las autoridades no se explican los motivos de semejante hurto que vulnera la integridad del recinto universitario. ¿Qué harán los ladrones con tanto papel?

JURO NO VOLVER
A RECORDARTE

Farsa poética en un cuento

Dramatis personae

Narrador:
Persona de género no binario, omnisciente.

Guapo:
Joven efusivo de aproximadamente 20 años.

Bulto (alias Cuco):
Joven emo de aproximadamente 20 años.

El lector:
A pesar de la heteronormatividad lingüística que dicta el uso del masculino para referirse a la totalidad, se trata de una persona de edad y género indeterminado que sigue con la vista el discurso y las acciones de los personajes. O sea, usted.

Lugar:
Casa de huéspedes donde residen varios estudiantes.
Habitación del Bulto.

Neta que da lástima. El Bulto está en su cama, posición fetal. Algo le ha ocurrido que lo tiene colgado de un agüite lagañoso y ruin. Su compa el Guapo irrumpe en la habitación sin tocar la puerta. Lleva un bote de cerveza en la mano y pone otros cuatro sobre el buró. Se sienta en la orilla de la cama. Yo soy un narrador invisible que alguien ha puesto aquí para agregar comentarios entre los parlamentos de los personajes.

—Échate una —dice el Guapo—, están bien frías.

El Bulto, sobre la cama, tarda en contestar. Cuando lo hace, surge una voz rasposa: —¿Puedes irte, por favor? Quiero estar solo.

—Me gustan estos días: ni calor ni frío, ni viento ni lluvia. —El Guapo lo ignora a propósito.

—No me interesa, vete.

—Llevas dos días encerrado, güey, bájale a tu tragedia.

—Es mi vida, yo hago lo que quiera con ella —dice el Bulto como si estuviera citando una canción.

—Es que no te has dado cuenta, güey. Las mujeres del mundo están preguntando por ti, ¿las vas a dejar así nomás? No te miento. Hay una larga fila de morras afuera de la casa. Ya les eché un ojo, hasta me ofrecí en sacrificio, pero ellas: "No-no-no, queremos al Cuco". Yo les dije: "Pérenme, voy a ver si está en su cuarto".

—No me digas Cuco.

—Pura pinche queja contigo. Tan bonito nombre que te puse.

—Para un perro.

—No, güey, también para cantantes y para un chingo de güeyes que se llaman Refugio. Y refugio es una palabra chingona. Es donde te puedes esconder para alejarte del mundo, de todos; donde te metes cuando andas bien jodido. Mira este pinche cuarto feo, es tu refugio.

—El mío, no el tuyo. Vete, por favor.

—Ahorita, nomás me acabo el seis —dice el Guapo mientras deja el bote que lleva en la mano y abre otro—. Quiero contarte sobre las morras que hacen fila afuera para ver a su galán. Son de todo tipo: altas, flacas, llenitas, morenazas, güerejas, algunas hasta traen a sus hijos de la mano o traen sus bolsas de mandado. Me imagino que unas están paradas ahí sin saber por qué están haciendo fila. Es que una fila siempre es contagiosa.

El Bulto se incorpora sobre la cama, casi se sienta sin sentarse. Tiene los ojos hinchados y rojos como si hubiera fumado mota toda la noche sin invitar.

—¿Qué quieres? —grita bajito.

—Echarme unas cervezas contigo o echarme unas cervezas sin ti. En conclusión: echarme unas cervezas. ¿Quieres una?

—No.

—Okey, okey, lo de la fila es puro cuento, pero sí te han estado llamando las morras. Imelda anda bien preocupada. Me contó el panchote que hiciste en el taller de poesía.

—Ya déjame —exclama el Bulto.

—Imeldota la grandota —suspira el Guapo—. Condenado, tienes pegue con las morras altas.

—Solo es una amiga.

—Yo no digo lo contrario. Pero uno nunca sabe, a veces empieza como amiga y luego se vuelve algo más. ¿En la primaria nunca te dijo la profe que pusieras un frijol en un frasco sobre un algodón mojado? Ahí estaba el frijol, días y días bien calladito y de repente ¡pop, que le sale un brotecito! Y ay, qué amistoso ese brotecito, ¡es un amigo tan lindo! Cuando menos piensas, el brote ya es toda una planta que culebrea adentro del frasco como diciendo: "Papacito, sácame de aquí". Y el frijol, o la frijola más bien, como por arte de magia cósmica, ya deja de ser una planta y se vuelve un bien conquistable, una ofrenda sagrada que te dice: "Vente, Cuco, vente; abandonemos los frascos de nuestras vidas, dejemos los algodones húmedos y busquemos una cama donde los dos podamos ser una sola y feliz leguminosa". Y ahí está. Yo no soy experto, güey, pero las morras te cuidan mucho y a ellas les gusta cuidar a sus amigos de peluche, acariciarlos, alimentarlos, sobarles la cabecita (sin albur). Te ven como el caso perdido que eres, y ellas traen esa cosa natural de querer salvar lo insalvable, querer infundirle vida a las aburridas piedras. No culpes a las morras, está en su código genético.

El Guapo se calla de pronto para, caballerosamente, darle paso a un estruendoso eructo. Tira el bote al piso y abre otro. Ah, el hermoso y veloz sonido de una lata que se abre: pssssss.

—A ver esos poemas, poeta —dice.

—Qué.

—Saca la poesía, güey. Quiero leerla.

—Estás pendejo.

—A ver, a ver.

El Guapo revisa el cuarto. No tarda en encontrar unas hojas

arrugadas en un cesto de basura. El Bulto salta como Michael Jordan y trata de arrebatarlas.

—Ya, ya, pareces niña, cabrón. Tú sigue con lo tuyo, yo voy a leer.

El Bulto se abulta de nuevo. El Guapo repasa los poemas como si leyera una lista de mandado. Luego hace unas cuentas mentales mientras bebe largos sorbos de cerveza. Emite un juicio tan profundo como somero: —No mames, güey, están de la chingada.

—¡Tas pendejo!

—Neta, hiciste bien en tirarlos. —Arruga de nuevo las hojas y las lanza al cesto.

—Tú qué sabes.

—Güey, no soy primerizo en estas cosas, leo poemas desde *shikito*. Te puedo recitar poesías bien bonitas dedicadas a la madre y a los héroes que nos dieron patria. —El Guapo declama con solemnidad—: Un 12 de octubre, *de júbilo lleno,* llegó a nuestras playas *un gran marinero,* con tres carabelas *y un gran corazón,* llegó a nuestras playas…

—No seas mamón —interrumpe el Bulto.

—Güey, es para que entiendas que no hablo de la nada. Tengo suficiente experiencia para decirte que escribiste puras mamadas.

El corazón del Bulto está dolido, esto se nota por el tono melodramático que adquiere su dueño cuando responde: —Si supieras lo que tardé en escribir esas chingaderas, no me dirías que son mamadas.

Chale. Hasta sentí pena al relatar las palabras del Bulto. Ese bato no tiene remedio, pero quién soy yo para opinar, solo un simple narrador invisible, inservible.

—O sea que si supiera de los quince minutos que invertiste en tu escritura, ¿me darían ganas de acariciarte la cabecita (sin albur)? —responde el Guapo bien cabrón.

—¡No fueron quince minutos!

Hay un cambio en el Bulto, ahora habla con arrojo. Si fuera un personaje ficticio, en este momento golpearía con su puño el buró para recalcar la fuerza de sus palabras; pero como es una persona real, solo avienta su respuesta al aire. Por lo menos, desafiando al maldito destino que lo apachurra, se incorpora, se sienta en la cama, agarra un bote de cerveza y lo abre. Nadie dice ¡eso!, entre signos de exclamación, aunque el momento lo amerita. Siguen los dos sentados en la cama, bebiendo. Un silencio se acomoda entre ellos; amenaza con ser largo, largo. El Guapo lo interrumpe: —Échate un poema de amor, güey.

—Que quééé.

—Neta. Ya deja de pensar en filosofía y esas burradas. La poesía tiene que ser más útil, debe servir para algo como una pala, una escoba o un calzón.

—Que quééé —repite el Bulto a falta de algo más original que decir.

—¿Quién quiere leer poemas sobre la explotación del hombre por el hombre? Ya no pienses en eso, o sí, ta bien, piensa en esas pendejadas pero dirige el rollo a la Imelda: la candente explotación del hombre por una candente mujer grandota. Que tu poema acaricie la espalda sudorosa de una muchachona, que tu poema agarre un klínex y limpie ese sudor con la ternura que solo le sale a los machos cuando acaban de coger.

Todo iba bien, pero el Bulto (ya ni la chinga) deja el bote en el buró y se abulta de nuevo. Podría haberse arrojado sobre la cama, pataleando; daba lo mismo, puro melodrama. Se conforma con decir: —¿Qué no entiendes? Ya no quiero escribir, ya no quiero nada. Quiero que me dejen en paz, que me olviden.

El Guapo alza las cejas bien sorprendido por la capacidad histriónica de su amigo. Este güey va derechito para Hollywood, me cae. No conforme, el Bulto todavía agrega: —Quiero que me olviden todos, que no piensen en mí, que me dejen en paz. Quiero ser un desconocido. ¿Tiene algo de malo? ¿Es mucho pedir?

El cerebro guapo trabaja tanto como el corazón azotado de su amigo. Repasa con rapidez las posibles respuestas, desde reírse y aplaudir hasta contestar con palabras soeces. Opta por ser cabrón y tajante: —Pues no, la verdad. Eres bastante olvidable.

Auch. Los hombros del Bulto caen rendidos, no ofrece respuesta.

—Solo te ruego que no te despidas así nomás —dice el Guapo—, que antes de que te olvidemos, escribas un poema de amor; si no para recordarte, por lo menos para hacerme el paro.

—¿Cuál paro?

—Tengo que ser sincero, güey. Somos estudiantes de Literatura pero a mí no se me da la versada como a ti. No decidí estudiar para vivir de la escritura, sino para gozar de la inmortalidad que proporciona ser un auténtico poeta.

—Nosasmamón.

—La mera verdad: no me caería mal traer un poema en el bolsillo, solo por si acaso. Un poema es como un condón, ya sabes, nunca estorba traer uno.

—Mamón.

—Calmado. Además, quiero hacerte una promesa.

—Qué.

—Juro solemnemente olvidarte para siempre. Cuando pongas el punto final a ese poema y me lo entregues, me olvidaré de tu existencia. Te pondré la corona invisible de un don nadie, te miraré y no sabré más de ti. Si me pides una lana o un cigarro, diré: “Hazte pallá, güey, no sé quién eres ni te conozco”. Si te miro tirado en la calle, muerto de frío, me iré de largo como si fueras un bote vacío, muchas veces pateado. Para entonces a lo mejor ya se te pasó el melodrama y quieras de nuevo ser recordado, pero te chingas: seré fiel a mi promesa. Juro no volver a recordarte.

—Tampoco es para tanto —dice el Bulto con actitud de cachorrito que ha sido abandonado a su cruel destino.

—Es lo que te digo, güey, no es para tanto. Te fue mal en la clase, eso es todo. ¡Y qué! ¿Te preguntaste lo que pensó la Imeldota de tu poema?

—No.

—Ps qué güey eres. Al profe no le gustó tu poema (y con justa razón porque está bien pinche feo), ¡qué tiene de malo! Lo que debe importarte es lo que piensa la grandota, tu admiradora.

—¿Y le gustó?

—Ahora sí quieres saber, ¿verdad?

—No quiero saber nada, déjame en paz. —Y tras clavar el rostro en la almohada, como no queriendo se le escucha decir—: ¿Be bostó?

—Que quéééé.

Levantando la cabeza de la almohada, repite:

—¿Que si le gustó?

—Por supuesto que no. ¿Cómo le va a gustar un poema tan gacho? Es uno de los peores poemas que se han escrito en la historia de la humanidad.

—¡Lo sabía!

—Lo que me dijo es que te entendía, que un ser sensible como tú no podía evitar hacer panchotes: tirar el escritorio, salir de clase, regresar a clase para levantar el escritorio que tumbaste y luego volver a salir, esta vez dando un portazo.

—La regué, ya sé.

—Pues sí, la regaste, ¡y qué! Ni pedo, eres un ser sensible. —Observa el último bote de cerveza sobre el buró y, antes de proseguir con su discuro, lo abre con ternura—. Ahora, de puro coraje, escribe otro y que sea de amor para que más le duela y ponle perfume para

que más le huela.

Detengo el cuento un momento para describir al Guapo. Debí haberlo hecho antes (perdón). Es un joven muy alejado del estereotipo que se tiene de los mexicanos: rubio, alto, cabello ondulado, hoyuelos en las mejillas. En Holanda o Dinamarca sería un bato común, en México es casi un Chris Hemsworth. Por algo tiene tanto pegue con las morras, por algo le decían Principito cuando era niño. La descripción es relevante por la solicitud que sigue: —¡Por favor... escríbeme un poema! —dice con el aspecto de un niño solitario.

El Bulto es estudiante de Literatura, pero la referencia a *Le petit prince* pasa sin que la entienda.

—Qué.

—¡Que me escribas un poema, güey!

Los signos de exclamación no son en vano. Fue una exigencia del Guapo, un alarido que sorprendió tanto al Bulto que en ese momento pensó: “Sí, mi amigo es un payaso; pero su discurso proviene del corazón, sinceramente interesado por mi bienestar. O sea, es un noble payaso”.

—Ni siquiera se me ocurre cómo empezar tu poema —responde el Bulto.

El Guapo lo mira con perplejidad, preguntándose si en realidad su amigo puede ser tan pendejo. Claro que sí. Pero, sobre todo, es un compa y, por lo tanto, se le perdona todo. (Uf, cuántas comas y cuánta solidaria consideración de un amigo hacia el otro).

—Qué te puedo decir, güey —dice el Guapo—. Trata de escribirlo. Y de pasada: trata de no agüitarte por pendejadas. Si yo escribiera poesía chingona, sería exclusivamente para conquistar a las morras.

—Ay sí, como si batallaras tanto para conquistarlas.

—Qué te crees, ¿que me llueven?

—¿Qué, no?

—Okey-okey, me llueven. Mi problema es que no sé qué hacer después de la lluvia. Deja de llover, estoy todo mojado, ¿y luego qué hago? Si yo trajera un poema amoroso en el bolsillo pues ahí está, lo sacaba y a leerlo en voz alta para que el agua no se vaya. Le diría: “Mira, Lluviecita Linda, mira lo que te escribí”.

—¿Y a poco ya con eso la vas a conquistar?

—¡A huevo! Conque no te cachen que es el mismo poema que andas usando para todas. Cada rato hay que pasarlo en limpio para que no se vea tan maltratado. Es un consejo nada más. Yo soy tu compa, Cuco, y lo digo de buena fe. ¡Vamos por otro seis!

—Ta bien, ta bien —responde el Bulto.

(Con todo y que soy un narrador omnisciente, no me esperaba esta respuesta del Bulto. A veces saber todo es como no saber nada. Cierro el paréntesis, perdón por la interrupción.) Ahora, ambos caminan. Han salido de la casa y se dirigen al Oxxo.

—Por favor... escríbeme un poema —dice el Principito Guapo.

—Sí, sí. Ya se me está ocurriendo algo.

—Que hable de piernas, de piernas largas y sedosas.

—Está bien.

—También de su cabello, que sea cabello largo…

—Sale.

—O más bien, pon una rayita _____________, donde yo escriba largo o corto dependiendo de la morra en cuestión.

—Va, va.

—Y menciona unas caderas redondas que se mueven de aquípallá cuando camina.

—¿Lo vas a escribir tú o yo?

—Solo te estoy dando ideas, Cuco.

—Está bien, pero ya no me digas Cuco.

—Okey, okey, Cuco. Trataré.

Los personajes salen de escena.

Yo, en cambio, permanezco invisible, melancólico, inconforme y con deseos de agregar algo contundente para terminar el cuento. Pienso, pienso y pienso hasta que se me ocurre algo verdaderamente genial, digno de un gran narrador, y estoy a punto de agregarlo aquí



pero el lector da vuelta a la página.

ESTÁS MOJADO. YA NO TE QUIERO

Cuento de Chéjov,
cóver de Crosthwaite

Era una noche lluviosa.

Era un taxi.

Era un conductor de taxi y un pasajero.

Era un pasajero que no dejaba de hablar.

Era un taxista a quien no le gustaba interactuar con los clientes, hacía su trabajo en silencio.

Era sábado. Sábado de borrachos.

Por suerte, para el taxista, esa noche Juan Antonio Mateos era un borracho jubiloso; preferible a los llorones o peleoneros, aunque demasiado júbilo también fastidiaba.

Visibilidad mínima, con frecuencia había que limpiar por dentro el parabrisas.

—No, mano, tú debes tener el corazón de piedra, neta —dijo el pasajero—. Se nota que nunca te has enamorado. Yo, en cambio, sé reconocer el amor cuando llega y hasta cuando se va. ¡No mames, qué frase tan poética me salió! Tú no eres poeta, ¿verdad?

—No, señor —respondió el chofer.

—Con toda la gente que conoces en tu chamba, de seguro tienes buenas historias que contar.

—No tantas, no crea.

—Hay que ser observador, mi buen. Hay que escuchar, tomar nota... Yo sí soy poeta y de los buenos.

El borracho esculcaba entre sus bolsillos, no encontraba la cartera. Al fin sacó unas monedas.

—Habíamos quedado en 125 pesos. Aquí tienes 130 pesotes, ¿cómo la ves? La propina es porque ando de un excelente humor. “Boyante” es el adjetivo que mejor me queda. ¿Quieres saber por qué?

El taxista sintió alivio porque el pasajero había llegado a su destino.

—Porque visitaré a una mujer. Porque le llevo regalos. Porque es una dama muy especial. Uf, si la vieras.

El taxista prefirió ignorar los ademanes obvios con que el pasajero describía los abultamientos de la mujer en cuestión.

—Fui con la modista por su vestido, compré los chocolates que le

gustan, además estas flores y este vino tinto de la Rioja. Exquisito.

El borracho boyante se apeó y vio alejarse el taxi.

No dejaba de llover. Juan Antonio Mateos reacomodó las cosas que cargaba y tocó el timbre de la puerta mientras canturreaba *Ding dong, ding dong, estas cosas del amor.*

La puerta se entreabrió, dejando escapar una voz femenina, susurrante:

—¿Eres tú, Juanito?

—Ps ¿quién más? Quita la cadenita porque me estoy mojando.

—No hables tan fuerte, acaba de regresar yasabes-quién. —Nadia Reynolds le lanzó un beso sin decir más, puso cara de “ni modo” y cerró la puerta.

El amante ebrio tardó en comprender. Se supone que todo sería muy sencillo esa noche: él llegaba, ella lo recibía, ambos se acostaban y cogían como un par de conejos. Al parecer no era tan sencillo: el marido había vuelto antes de lo esperado.

¿Todo este pinche viaje para qué? Juan Antonio pensó en el Destino, así, con mayúsculas, y muy contrario a lo que se esperaría, le dieron ganas de reír. Hace unos días, había bebido con sus compañeros de trabajo mientras presumía su última conquista. Nada menos que Nadia. Así como lo oyen: la misma que ustedes conocen.

—Pendejo —dijo en voz alta, mitad para él y mitad para el gringo —. ¿Y ahora qué hago?

Llovía con fuerza. Relámpagos acentuaban el drama. El viento le picoteaba la piel y movía los árboles. El agua que caía en las alcantarillas parecía burlarse de él.

Puto gringo, pensó riéndose.

Nadia era recepcionista de la empresa donde trabajaba. Tan bella y provocativa, era imposible ignorarla. Lo cautivó desde el primer día. Su voz era suavecita como la de una actriz de telenovela; la endulzaba aún más cuando contestaba las llamadas telefónicas. Sus compañeros de trabajo le habían dicho que era coqueta y que disfrutaba acaramelar a los hombres. Le advirtieron que estaba casada con un soldado gringo como si se tratara del comandante de un escuadrón de fusilamiento. Ellos no sabían que Juan Antonio Mateos poseía un arma secreta infalible: la poesía. Los dulces versos que recordaba de memoria, aunque ajenos, conquistaban tanto a casadas como a solteras.

Podría pensarse que era fanfarrón; pero, ciertamente, era un hombre que había dedicado su vida al arte de la conquista por medio de versos. Neruda y Sabines daban en el blanco, Benedetti remataba.

Lo cierto es que había más conquistas en su haber que intentos frustrados. Y estos últimos solían ser por cuestiones inesperadas, como aquella amiga que no llegó a la cita amorosa porque la había atropellado un camión.

Manteniendo con dificultad el equilibrio, el borracho se apartó un poco de la puerta y gritó: —¡Taxi!, ¡taxiiiiiiii!

Pasaban pocos carros y ninguno se detuvo. Sacó el celular para llamar un taxi; pero el aparato estaba tan mojado como él y no logró que encendiera. Trató de encontrar cobijo para guarecerse de la lluvia y recordó que cerca había un parque con un quiosco al centro. Ahí podría descansar un rato sin mojarse.

Cruzó la calle, cargando cajas y flores. Se detuvo. ¿Era hacia la izquierda o hacia la derecha? Regresó corriendo a la casa de Nadia. Esta vez no tocó el timbre, sino que dio golpes contundentes en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz con acento extranjero.

—¿Es esta la casa de la familia González?

—¡Qué González ni qué chingada! —respondió el gringo—. *Fuck off!*

Juan Antonio tenía un plan que se desvaneció al escuchar el poder de esa última frase. Había violencia en la voz del soldado. Se desconcertó, tosió como reconociendo su culpabilidad, pisó un charco y se llenó de agua un zapato. Al darse cuenta escupió de rabia, aunque se aferraba a su sentido del humor. Era una aventura cada vez más curiosa. Se deleitaba pensando cómo se la contaría el lunes a sus compañeros de trabajo, y a la propia Nadia, cómo arremedaría la voz del marido. *¡Fucoooooffff!* Se morirán de risa.

—¡Qué noche tan ridícula! —exclamó.

Al cabo de media hora bajo la lluvia, pensó en su salud. “Con este pinche diluvio me va a dar una pulmonía”. Se acordó de una canción de Calamaro, como un perro, mil horas bajo la lluvia. Solo faltaba que Nadia le dijera “ya no te quiero”. Imposible. Ella le había hecho promesas de amor mientras él declamaba exquisitos poemas: placer extremo, verdad divina, franqueza del alma. Nadia era suya, de eso estaba seguro.

Lleno de humor infantil y seguridad en sí mismo, regresó a la puerta y presionó de nuevo el botón del timbre. El interior de la casa estaba oscuro. Transcurrió un minuto de silencio y volvió a presionar. Se encendió una luz.

—¿Quién es? —preguntó la voz con acento extranjero.

—¿Vive aquí la señora Reynolds?

—*What do you want?*

—Traigo un vestido para la señora Nadia Reynolds, lo manda su modista. Ya sé que es tarde, pero es que se me descompuso la motocicleta…

La explicación quedó sin terminar porque se abrió la puerta y ante Juan Antonio apareció el colosal míster Reynolds. Era igual a su retrato: mueca de soldado, malhumor crónico, con la diferencia de que en la foto se veía muy elegante con su uniforme y ahora estaba en piyama.

—Disculpe, esta lluvia…

—*Okey, okey* —respondió el gringo recibiendo la caja mojada.

—Ah, y por favor entréguele también estos chocolates, este ramo y este vino que su esposa olvidó con la modista.

En cualquier otro momento, Reynolds hubiera sospechado de la situación; pero el cansancio, después del largo viaje desde la base militar en Estados Unidos, lo tenía atontado y con ganas de dormir. Recibió los objetos y, sin cerrar la puerta, quedó en actitud de espera.

—Hace un tiempo horrible —murmuró Juan Antonio—. Está todo oscuro, lodoso y mojado… Y con la moto descompuesta… No sé dónde meterme. —Esperó una respuesta pero solo hubo un intercambio de inquietantes miradas, entonces preguntó—: ¿No me deja quedarme aquí un ratito?

Reynolds observó al mexicano. Su experiencia militar le dijo que el sujeto en cuestión (moreno, chaparro, enclenque) no presentaba la menor amenaza. Además, en efecto, estaba empapado y chorreando agua.

—*Yeah, why not*. Quítate los zapatos y pasa.

Juan Antonio entró a la pequeña casa. Cuántos recuerdos le produjo ese espacio, cuántas visiones de Nadia quitándose la ropa. Todo era igual solo que ahora había un enorme gringo en la sala y una botella de tequila sobre la mesa. También el sofá (¡ese sofá!) estaba abierto y convertido en cama. No duermen juntos, pensó con regocijo.

—¿Mucho frío? —preguntó Reynolds—. Acabo de llegar de Sacramento. En todo California hace mucho calor, aquí siempre hace frío. Fucking Mexico.

El comentario no pasó desapercibido para el mexicano, tampoco sus cejas alzadas para Reynolds.

—Lo digo con todo respeto.

—Por supuesto.

—Es el precio de estar casado con una *Mexican lady*. Tú

entiendes, ¿verdad?

El soldado hizo un guiño, se sirvió un caballito de tequila y, como un estudiado ritual, colocó un poco de sal en el dorso de su mano, lamió la sal y bebió completo el trago de tequila.

—Llegué hace unas horas y no he dormidou —añadió, dejándose caer en el sofá—. Los mosquitous, los condenados mosquitous no me dejan. Y luego un pendejou que llamó preguntando por González…

—Disculpe si lo he importunado.

El gringo calló, bajó la cabeza y silabeó la palabra que no conocía: im-por-tu-na-dou. Mateos se sintió con la obligación de mantener una conversación con el señor de la casa.

—Yo no tengo visa, pero me parece que Estados Unidos es un país muy interesante, sobre todo por sus escritores.

Sin hacer una pausa, el poeta sacó a relucir sus años de estudio en la licenciatura de Letras Inglesas, haciendo algunos comentarios sobre Ezra Pound, Sylvia Plath y Te Ese Eliot, convencido de que el gringo oía esos nombres por primera vez en su vida. La plática sobre poesía terminó haciendo que el marido se aburriera. Volvió a su ritual de sal y tequila, después se tendió sobre el escuálido sofá. Estuvo acostado tranquilamente un cuarto de hora. De pronto se levantó de un salto, aturdido, como si no supiera dónde estaba, y clavó sus ojos azules en el extraño hombrecito que seguía de pie. Se levantó. Otra vez tequila, caballito, sal en el dorso, lamer y beber.

—¡Estos condenados mosticous! —dijo mientras se rascaba la nuca. Pasó a la habitación contigua, Mateos lo oyó decir—: *Hey, Nadie! A guy just brought you the dress you were expecting*.

—*But I wasn't…* —respondió Nadia con su adulzada voz telefónica.

Al poco rato, Reynolds volvió a la botella, al ritual, a la sal, al tequila.

—Ahora viene mi mujer —anunció, bostezando—. Ya comprendou: necesita usted que le paguen.

Los pasos de Nadia. Los pasos de Nadia descalza. Los pies de Nadia que a Juan Antonio le gustaba besar, se acercaban.

Ella entró a la sala con ojos somnolientos.

—¿Cuál vestido…? —preguntó, interrumpiéndose al reconocer al susodicho. Soltó una exclamación que a Mateos le resultó muy conocida.

—Traje su vestido, señora.

—Juanito, eres tú. Ay, todo sucio y mojado.

El amante enrojeció, arrugó el entrecejo y, sin saber qué hacer, señaló con los ojos a Reynolds. Fue sorprendente la rapidez con que

ella activó una manivela en su cerebro y cambió su actitud de sorpresa a una de estudiada serenidad.

—Ah, disculpa. ¿Te asustó Robert? —preguntó Nadia, una formidable actriz—. Es un gruñón y se me olvidó decirle que esperaba el vestido. Te presento a mi marido, el sargento Robert Reynolds… Robert, *this is Juanito* —y creyendo que el mexicano no entendía inglés, agregó rápidamente—: *No need to worry, he's a fag*.

El gringo se encogió de hombros y fue otra vez por la botella. Juan Antonio también se encogió de hombros y le dio las gracias a Nadia. Su actuación era tan sincera que, por un momento, dejó de sentirse como un privilegiado amante y se consideró un simple mensajero, el chalán de una modista.

—¿Sigue lloviendo, verdad? —Y ya de espaldas, camino a la recámara, sin despedirse, dijo—: Voy a pedirte un taxi.

El amante dio las gracias al esposo, por su hospitalidad. Al pasar frente a él, de salida, recibió una palmada en la espalda y un billete de un dólar, que se guardó sin pensar.

Era una noche lluviosa.

Era un taxi.

Era un conductor de taxi y un pasajero, ambos en silencio.

Juan Antonio Mateos ya no estaba borracho, aun así había salido de la casa sin sus zapatos. No pensaba regresar por ellos. Sentía asco y un deseo irresistible de vomitar. Alguien debería cargar con la culpa del fracaso de esta noche, condenó a la poesía por no haberlo salvado del ridículo. ¡Mierda poesía! Guardó silencio en el camino a su casa, sus pies estaban fríos, y trató de no volver a pensar en el billete que cargaba en el bolsillo, tan arrugado y repugnante como su alma.

Basado en *Repugnancia* (1887).

PUERTA ABIERTA

—La puerta está abierta, ¿qué vas a hacer?

—Pues… no sé… cerrarla —dice Brandon.

—Haz lo que te dicte el sentido común —dice Fermín.

—...

—Aquí te espero.

—...

—¿No irás?

—Es mejor que otro la cierre.

—¿Mejor, por qué?

—Es lo correcto. Ya sabe que no me puedo separar de usted.

—Pues sí que lo sé, muchacho, pero la puerta está ahí, a la vista. Ni modo que yo me escape si vas a cerrarla.

—Lo correcto es que yo permanezca a su lado, son las reglas.

—Las reglas, claro. ¿Entonces dejarás la puerta abierta?

—Así es. Alguien llegará a cerrarla —dice Brandon.

—Con tanta conmoción, supongo que tomarán su tiempo —dice Fermín.

—Supongo.

—¿Qué haremos?

—Esperar.

—¿Esperar a que la cierren?

—Así es.

—Muy bien. Esperemos.

—...

—...

—...

—...

—...

—No vienen.

—Demos unos minutos más.

—...

—...

—...

—...

—...

—...

—No vienen.

—Vendrán.

—No es que tenga prisa, muchacho. Solo que es inusual y eso me pone de nervios.

—Trate de calmarse.

—Uno se acostumbra a ver esa puerta cerrada; verla abierta… no sé… es extraño —dice Fermín.

—Solo es una puerta —dice Brandon.

—Recuerda mi ansiedad, muchacho. Recuerda lo que te sugirió el doctor.

—Lo recuerdo.

—Te explicó: “Admitiremos a un paciente nuevo. Me preocupa que su llegada altere a los demás”. Así te lo explicó.

—Sí.

—Y tú le preguntaste si el nuevo paciente tenía historial de violencia.

—¿Cómo puede usted saber lo que hablé con el doctor?

—Te escuché.

—Eso es imposible. Estábamos en el consultorio.

—Te comentó: “Me gustaría que te encargaras de Fermín por unos días, que estés atento a su comportamiento. Si notas algo distinto, trata de tranquilizarlo y avisa por favor a las enfermeras”. Te comentó eso, ¿no es cierto?

—Sí…

—Le dijiste: “Quiere que yo haga un Uno-a- Uno con Fermín, ¿verdad?”. Él asintió y tú le aseguraste: “Claro, doctor, cuente conmigo. ¿Usted avisa al personal de enfermería o quiere que yo lo haga?”. Y él respondió: “No te preocupes por eso, ya lo apunté en el registro de instrucciones y las enfermeras de cada turno estarán al tanto” —dice Fermín.

—¿Cómo sabe todo eso? —dice Brandon.

—Y tú te sentiste muy bien porque sabías que te estaba pidiendo algo especial, porque con ello mostraba la confianza que te profesaba. Y cómo no. Sabe que eres responsable, capaz, asertivo, amable... Te lo ha dicho en otras ocasiones. Se habrá enterado también de la forma en que apoyaste al nuevo asistente de enfermería y que lo hiciste sin que nadie te lo pidiera.

—Usted no pudo haber escuchado todo eso.

—Claro que lo escuché; si no, ¿cómo lo sabría? Nadie te pidió que ayudaras al asistente. No obstante, estuviste toda la semana observando sus actividades, haciéndole sugerencias y corrigiendo sus

errores. Ya sabes que las enfermeras no toleran errores y fue importante hacérselo saber desde el primer día. Ese asistente, Valentino, no llegó como tú, sino que tenía estudios. Sabía de primeros auxilios, tomar la presión, llevar un expediente… Aun así, con todos sus estudios de enfermería, era obvio que le faltaba experiencia al tratar con los pacientes. Además, era un tanto inmaduro. No reaccionó bien a tus comentarios. “A veces hay que ser cuidadoso con los pacientes”, le explicaste. “Debes estar preparado para cualquier sorpresa”.

—Pues sí, es importante. —Y le hablaste de mí, ¿no es cierto? —dice Fermín.

—Sí, lo puse a usted como ejemplo —dice Brandon.

—Caminaste detrás de Valentino para explicarle que yo tenía dos facetas: una en la que no hablo y otra en la que soy grandilocuente. Deben adaptarse a la situación. Algunos días soy un viejo frágil, susceptible a los cambios de rutina; otros días me comporto como un rey y trato al personal como lacayos. El doctor les ha dicho que, en esos casos, se dirijan a mí como Majestad, que se presten a la fantasía como parte de mi tratamiento. ¿No es cierto?

—Eso nos ha dicho el doctor, sí.

—¿Y qué te espetó ese Valentino cuando trataste de explicarle? Muy insolente soltó un “Gracias, por la información…”. Notaste el tono irónico y altanero de su voz cuando agregó “...su Majestad”. Fue una burla. Todos saben que solo hay un rey aquí.

—Tiene razón, se pasó de insolente.

—Te entiendo, muchacho. Llegan con estudios y creen que ya lo saben todo. No son como tú que llegaste sin conocimientos previos y todo lo aprendiste aquí, después de años de fiel servicio al reino. Tu experiencia vale más que esos estudios.

—Tiene razón, fue vergonzosa su actitud.

—A mí, en lo personal, me queda bien claro que eres un hidalgo de amplios conocimientos. Si las enfermeras supieran un poco más de ti —dice Fermín—, te tratarían mejor. Es una lástima que no podamos decirles la verdad, que has esculcado los archivos, que extraes los expedientes médicos, que te los guardas y los lees en el baño. Ellas te regañarían. Pero es que no se dan cuenta de que lo haces por el bien de los pacientes, para conocerlos mejor y tratarlos como es debido. Ellas no respetan tu opinión, ellas solo dan órdenes: “Ve y recoge ahí, ve y barre por allá, limpia la mierda, tiende la cama”. No saben, ni les importa, que posees una opinión sobre los pacientes. ¿Cuál es esa opinión, muchacho?

—Que ustedes llevan demasiado tiempo aquí, encerrados —dice Brandon.

—Y sabes que está mal, ¿cierto?

—No me atrevería a decir que está mal.

—¿Por qué no?

—Porque no es mi lugar. Hago lo que me piden, ese es mi trabajo.

—Mirad a vuestro alrededor. Yo estoy viejo, nada importo, pero ¿qué tal Linén, eh?

—No diga que no importa, Majestad. Usted vale tanto como cualquiera de nosotros.

—A veces lo dudo, muchacho.

—No debería.

—¿Leíste mi expediente?

—Por supuesto.

—Así que conoces mi diagnóstico —dice Fermín—. Cito: "Fermín G., oriundo de San Luis Potosí. 72 años. Bipolar. Comportamiento esquizoide, exacerbado por delirios de grandeza. Demencia senil. Fue profesor de literatura, nivel preparatoria. Recluido desde hace ocho años por insistencia de su familia. Dentro de sus delirios, el más común es considerarse rey y dirigirse al resto con un lenguaje de la antigua literatura española". ¡Qué saben los médicos de literatura!

—Claro que conozco su diagnóstico y yo agregaría… —dice Brandon.

—Confieso que eso del español antiguo no me sale bien.

—Y yo agregaría que es usted una persona respetuosa, muy directo en cuanto a lo que pide o quiere. Cuando le pregunto: "¿Qué desea su Majestad?", usted simplemente grita: "¡Que me dejes en paz, lacayo!". Me parece una respuesta directa y lúcida.

—¿Qué más?

—Nunca es violento. Usted podría ser el tío loco de cualquier familia. Lo imagino rodeado de nietos, a quienes divertiría con sus delirios.

—Yo mismo lo he imaginado, muchacho. He imaginado a esos nietos.

—La verdad, no entiendo por qué lo encerraron. Es cierto que le incomodan los cambios de rutina, lo afligen, lo salpican de incertidumbre, pero ¿no le sucede lo mismo a todas las personas? —dice Brandon—. En mi opinión, muchos de los pacientes no deberían estar aquí. Usted tiene razón, Linén es una mujer instruida, de buen trato. La puedo imaginar trabajando en una oficina, viviendo en una casa linda, con esposo e hijos... Su expediente revela serios

problemas emocionales y tendencias a causarse daño: tres intentos de suicidio.

—¿Acaso es una causa para encerrarla? —dice Fermín.

—Para nada. Entendería sesiones de terapia… Encerrarla es un exceso. Lo mismo con Jesús S. Un ser callado, confundido, sobreviviría perfectamente en una casa bajo el cuidado amoroso de sus familiares. Igual Ramón R., que sufre de alucinaciones. Alucinaciones hermosas, por cierto. Norberto F. tiene un severo síndrome de ansiedad que a veces lo petrifica, sin embargo, en mi opinión, tendría una vida plena fuera de este hospital. Gerardo Z. es otro caso, trabajaba en la industria farmacéutica. Cuidadoso, atento, organizado, hasta que un día su pareja se hartó de él y lo mandó encerrar. ¿No es acaso su pareja quien debería estar aquí, recluida?

—Sin duda.

—Tal como usted lo expresa, tengo una opinión personal acerca de ustedes. No la externo, qué caso tendría. El propio doctor está maniatado, depende de los directivos que han convertido a este hospital psiquiátrico en un reclusorio —dice Brandon—. Que alguien me explique lo que es la estabilidad mental para preguntarle si es posible obtenerla en este mundo en el que vivimos.

—¡Me parecen admirables tus opiniones! —dice Fermín.

—Yo guardo silencio; pienso, pero no lo digo. Hago mis rutinas como me lo piden las enfermeras. Atiendo, asiento, obedezco.

—Y míranos ahora, muchacho.

—Y mírenos ahora, Majestad.

—Aquí estamos, quietecitos. Tú haciendo ese mentado Uno-a-Uno conmigo, para que yo no me altere. ¿Qué es lo que explica el manual, muchacho?

—¿Acerca de qué?

—Del Uno-a-Uno

—Se llama Uno-a-Uno cuando un integrante del personal médico tiene la misión de acompañar, vigilar y estar al tanto de un solo paciente. Se realiza con el fin de evitar situaciones de riesgo que podrían poner en peligro tanto al paciente como a quienes le rodean.

—¿Lo citas textualmente?

—Así es.

—¿Y crees que corro peligro?

—Usted sabe que le alteran los cambios y no sabíamos lo que podría sucederle con la llegada del nuevo paciente.

—He de reconocer que es cierto, me alteran los cambios —dice Fermín.

—Y el Uno-a-Uno se recomienda también para los pacientes de nuevo ingreso. No nos despegamos de ellos, monitoreamos su conducta, los cambios en su comportamiento. Los vigilamos las 24 horas. Cuando termina un turno, llega otro que continúa con esa responsabilidad —dice Brandon.

—Y este turno se ha alargado demasiado. ¿Cuánto falta para el siguiente?

—No falta mucho.

—Y esa puerta, ¿nadie vendrá a cerrarla?

—Ya vendrá alguien.

—Y si no fuera por ese nuevo paciente, todo estaría bien.

—Así es.

—Pero se salió de sus manos, se les escapó. Ahora lo andan buscando y nos han dejado solos. Todo es por culpa de las enfermeras porque le encargaron el Uno-a-Uno al nuevo ayudante, ese Valentino. Fue muy imprudente haberlo hecho.

—Estoy de acuerdo, no tiene experiencia.

—Te debieron elegir a ti.

—Yo lo hubiera hecho mejor. No estarían pasando por esta situación, corriendo tras él, tratando de tranquilizarlo.

—Poniendo en riesgo al resto de los pacientes, además.

—Por lo menos usted está en buenas manos —dice Brandon.

—Así es, muchacho, contigo lo estoy. Sin embargo, dejaron la puerta abierta —dice Fermín.

—Así es. Un error, un descuido.

—Sí, pero con ello el destino nos ofrece una nueva aventura, muchacho. Cualquier puerta es una frontera que divide a dos mundos. ¿Sabes lo que hay detrás de la puerta?

—Aquí y allá es el hospital.

—Temo decirte que allá afuera todo es distinto. Es otra realidad, lo que sucedió con el mundo. Algo muy horrendo.

—¿Horrendo, por qué?

—Tienes que salir a descubrirlo.

—¿Por qué habría de salir?

—Para darle sentido a la puerta. ¿De qué sirve una puerta si nadie entra o sale?

—Tengo a mi cargo la responsabilidad de cuidarlo, no lo voy a dejar.

—Te libero de aquesta ilustre responsabilidad, caballero. Eres libre.

—No, no. El doctor me necesita, confía en mí, ¿por qué habría de salir?

—Porque ha llegado la hora; porque has estado aquí, encerrado, durante demasiado tiempo. Alguna vez el doctor te ordenó que me cuidaras. Era parte de nuestro tratamiento, necesitabas a quien cuidar y yo que me cuidaran —dice Fermín—. Dos delirios que se complementaban. Pero ya no hay doctor y tú lo sigues haciendo. Tampoco hay enfermeras ni otros enfermos. Se han ido, nos han dejado solos. Algo tremendo sucedió allá afuera. Todos huyeron, se olvidaron de nosotros.

—¿Entonces nos vamos? —dice Brandon.

—Yo me quedo, y no es porque no desee ser libre. Me doblega el cansancio, el dolor en las articulaciones. La vejez ha decidido atraparme. En otros tiempos hubiera montado mi corcel y no habría poder que me detuviera.

—No lo voy a dejar solo. Si me voy, lo llevo conmigo.

—Sería lindo que me subieras a una silla de ruedas para recorrer el nuevo mundo, pero soy un viejo cansado, producto de tu imaginación, solo una voz en tu cabeza que repite: La puerta está abierta,
¿qué vas a hacer?

Todo ha sido fácil, muchacho. No solo cruzar esa maldita puerta, sino recorrer los pasillos del hospital. Cuánto descuido has encontrado, cuánto desorden. Caminas despacio. Dudas, es normal. Quisieras que alguien te detuviera cuanto antes, que llegaran los enfermeros o el personal de seguridad para regresarte a la sala de los locos. No hay nadie. Eres tú nada más, recorriendo el hospital vacío, bajando escaleras, abriendo y cerrando otras puertas.

—¿Hace cuánto que los médicos no atienden a sus pacientes en este lugar? —preguntas.

Aunque el miedo es un obstáculo, te impulsa el deseo de reencontrarte con todo aquello que alguna vez fue tuyo: los rostros del pasado, los olores y sabores de tu infancia, la sensación de flores en tus manos, de tierra bajo tus pies. Llegas a la entrada principal del edificio, otra puerta, esta vez enorme, de cristal. La empujas. Afuera, un viento frío te asesta una bofetada.

—Majestad, dígame: ¿así de violenta es la libertad, así de impetuosa?

No pienso responderte, muchacho. Tu saga comienza. Solo debes entrar al hocico de la oscuridad siniestra. Debes ponerte por encima del miedo, del estremecedor y limitante miedo que te exige arrepentirte, regresar. ¿Regresar a dónde? Has caminado solo unos cuantos metros pero ya no reconoces el camino que has recorrido. La ciudad se encuentra en un lamentable estado. Autos abandonados a mitad de las calles, señalizaciones y semáforos derrumbados como si fueran despojos de una época remota. Deambulas junto a construcciones cuyas ventanas han sido entabladas, testimonio quizás de un acontecimiento irreal, apocalíptico. El frío te acribilla, muchacho. Piensas en encontrar un rincón, agazaparte, protegerte del clima, pero…



De pronto estás abrigado, te cubre una gruesa chamarra. De pronto ya no portas el inmundo vestuario de un enfermo mental.

Llevas pantalones, un cinturón, camisa. Zapatos de agujetas, bien boleados.

Metes las manos a los bolsillos y encuentras monedas y unos cuantos billetes. Aceleras el paso hacia una lejana fuente de luz. Es una parada de autobuses.

No entiendes lo que sucede, tratas de explicarlo: ¿el hospital ha desaparecido o es la oscuridad que lo ha consumido? Jalas la manga

de tu chamarra para descubrir un reloj de pulsera que marca las 6:15 de la mañana. Así es, muchacho. Amanece.

—¿Está seguro, Majestad, de que esto es lo que debo hacer?

Ahora un vaso de café caliente se encuentra en tu mano. Su aroma te tranquiliza. Eres Brandon en un día como cualquier otro. Parece que estabas preocupado porque podrías llegar tarde a... pero no, claro que no llegarás tarde. Un autobús se ha parado frente a ti.

La puerta está abierta, ¿qué vas a hacer?

LA NIÑA QUERÍA SER BATERISTA

La historia completa está en el título: *La niña quería ser baterista*.

Por más que se agregue contenido, por más que se acumulen sustantivos y adjetivos a su alrededor, nada más requiere una idea redonda, entera, de un título que lo dice todo. En esta situación de plenitud, ni siquiera un empedernido escritor podría perfeccionar el equilibrio de esas cinco palabras.

Podría expandir la idea, mostrar detalles de la vida de la niña, introducir personajes, recrear antecedentes.

Podría reducir la historia a un pasaje específico, un éxito o un fracaso contundente, cuando la niña dudó de sí misma, cuando cuestionó su existencia.

Podría abordar sus orígenes: ¿cuándo surgió su gusto por la música y por qué prefirió ese instrumento en particular?

El mismo escritor (o una escritora) podría recrear la sensación que inundó a la niña cuando se sentaba frente a una batería, cuando apretaba las baquetas y golpeaba los tambores; el movimiento continuo de sus pies sobre los pedales, la independencia de sus brazos que danzaban sobre platillos y timbales.

Surge un par de interrogantes: ¿cuál retrato tendría mayor veracidad, el que muestra la vida de la niña desde su nacimiento o el título solo, tal como se presenta al inicio de este texto? ¿Habrá instancias en que los vocablos sobren, las ideas se amontonen, sin agregar información, solo extendiéndose *ad infinitum* sin necesidad?

Quizás el escritor (o la escritora), en un momento de premonición, se asomaría a un futuro lejano, para ver si la niña, convertida en adulta, mantendría su devoción a esos tambores. Ambos escritores (ella, él) descubrirían con tristeza ese momento en que el instrumento musical dejó de tener relevancia para ella, abandonado quizás por una enfermedad, un trauma, una decepción.

Por el contrario, la atención de los escritores (él, ella) podría concentrarse en el pasado de la niña: cuando la madre puso por primera vez unos botes viejos delante de ella y le ofreció unos palos para azotarlos, para que se entretuviera, para que la dejara en paz mientras colgaba la ropa en el tendedero. Se preguntarían: ¿tendrá sentido introducir a la madre desde un principio, en las primeras líneas, o más adelante en el relato, como un recuerdo elaborado?

Los escritores, asumiendo un riesgo que podría resultar en fracaso, invocarían un futuro aún más remoto, cuando la niña, ahora convertida en anciana, caminaría solitaria y friolenta, con pasos lentos e inseguros, sus viejas ilusiones convertidas en pesares, resignación, arrepentimiento.

Si la escritora prosigue con esta ruta narrativa, se preguntaría si una persona así, envejecida, que reniega de su existencia y se obsesiona con la amargura, pudo haber sido, décadas atrás, una niña que deseaba ser baterista.

La escritora es quien pone un alto a esa corriente de pensamiento. Prefiere elaborar sobre una escena determinante en la vida de la niña, cuando conoció a su maestra, esa baterista veterana que le habló de algunos trucos de tiempo y compás que la pequeña no conocía, que ni siquiera había imaginado. Mantuvieron una trascendente conversación —primero en persona, luego a través de mensajes— que abrió una ventana en la imaginación de la niña, que inundó su cerebro de ritmos y colores. La niña comprendió que la batería era más que un grupo de instrumentos de percusión. Descubrió que podría convertirse en una extraña forma rítmica, reiterativa, de la más fina y exaltada poesía.

Para encontrar los conceptos precisos que describan con exactitud ese encuentro de dos mentes, la escritora tendría que buscar adentro de sí misma, en un lugar recóndito e íntimo, el recuerdo de un momento trascendental. ¿Podría compararlo acaso con su propio encuentro con la escritura, cuando supo que podía recrear sentimientos y memorias, depositarlos en los personajes que habitaban sus historias?

Podría escribir sobre ese instante —se dice la escritora— cuando yo/la niña abrí/abrió mi/su alma a todos esos libros/grabaciones que la maestra compartió conmigo/con ella y que guardaba con esmero en grandes estantes de madera. Podría empezar o terminar el cuento cuando la niña (baterista/escritora en ciernes) dijo: Quiero ser como ella, mi maestra; como ellas, las maestras. Quiero imitar a esas diosas de múltiples brazos que transformaron el cielo con los mágicos golpes de sus teclados/tambores.

El escritor, que sigue en su propio mundo de elucubraciones, da un paso atrás y (¡eureka!) asegura que la niña nunca llegó a la ancianidad. Nunca fue esa vieja solitaria, sino que trascendió a otro plano de existencia. Sucedió cuando tocaba la batería y perfeccionaba el ritmo sobre esos tambores baratos que su mamá, con denodado esfuerzo, le había comprado. Alguna combinación inconsciente de notas musicales, que surgió del azar y la repetición, tocó el timbre de

una puerta interdimensional, transformando a la niña en partículas infinitesimales, protones, energía. Ella simplemente desapareció. Existía, pero no podía ser vista ni escuchada por los seres humanos. Tamborileaba en un espacio de serenidad infinita. Se transfiguró en una sustancia parecida al aire, similar a un suave soplo de brisa. Su madre no lo entendería, ¿quién podría hacerlo? El resto de su vida, con dolor y pesadumbre, tratando de recrear aquella “desaparición”, relataría que solo se descuidó un instante cuando colgaba la ropa húmeda en el tendedero.

Pero en ese caso —interrumpe la escritora—, su madre la buscaría, denunciaría su desaparición. La foto de la niña aparecería en carteles, periódicos, hasta en la televisión. Se hablaría de un crimen, de una venganza y hasta se denunciaría al vecino borracho que golpeaba a su mujer.

El escritor y la escritora permanecen en silencio, mirándose, tratando de leer el pensamiento del otro, de descifrar sus procesos mentales. Como si la conclusión de ambos arribara en sincronía, responden al mismo tiempo que sí, que había sido una ilusión efímera, más parecida a un capricho que a un deseo verdadero. Fue una fantasía que se desprendió de los sueños de la niña tan pronto como tuvo en sus manos otro instrumento: una guitarra, unas maracas; o ni siquiera eso: algún juguete, alguna amiga cuya compañía llenó el vacío que la batería hubiera colmado.

Así fue como el deseo, el querer ser baterista, ocurrió en un lapso brevísimo que no se registró más allá de esta página. Nunca creció más allá de lo que tarda el título en leerse. La escritora se exaspera por este juego de múltiples posibilidades. Le pide al escritor que se calle y le hace saber, sin remilgos, lo que está pensando:

—Debemos reconocer cuando un título es suficiente, cuando debe ser dejado en paz, abandonado en la parte superior de la página, una sola línea centrada, sin explicación ni complementos.

—Una línea sola, en una página en blanco, ya no es un título —argumenta el escritor—. Sería solo una oración.

—Sí —dice ella—, pero una oración perfecta. Una historia completa en cinco palabras. Así como inicia, termina. Así como empieza, se lee, cumple su propósito y llega a su fin.

CORRIDO

Supongo que se despertó por la balacera que tronaba en su sueño. El sabor a espanto permaneció unos segundos en su boca hasta que reconoció el lugar donde se encontraba, en su cama y a salvo. Después, la memoria fugaz de su pesadilla se transformó en una tonada. La percusión de los balazos pasaron a formar parte de una sedosa melodía.

Eric Yair se levantó muy alegre por el guitarreo que se había anidado en su cabeza. Tarareaba de buen humor. Tanta dicha sorprendió a su madre porque el muchacho llevaba varios meses malhumorado; traía una espina en el lomo, una piedra en el zapato que ella no se explicaba. Le había dado por levantarle la voz, gritarle incluso a sus hermanitos. Ya no iba a la escuela, se había vuelto un rebelde. Pero ese día, qué va. El muchacho repetía una tonada tan dulce que hasta se tardó en el baño. Su madre tocó la puerta para recordarle que ya era hora de salir.

La letra de la canción fue apareciendo en sus pensamientos cuando se sentó a desayunar. Sin avisar ni pedir permiso, sacó un lápiz y un cuaderno de la mochila más cercana. Arrancó una hoja cuadriculada y empezó a garabatear conceptos:

Envidia, dinero, pistolas.

No le desesperaron sus dos hermanitos como otras mañanas; uno de ellos se quejaba por el ultraje a sus útiles escolares mientras que el otro se reía y burlaba. El muchacho se despidió de su mamá con un beso y un abrazo apretado que la sorprendió, que la hizo recordar, por un instante, al niño hermoso que fue su primogénito cuando era pequeño. A veces sentía que lo había perdido en el sendero de la vida, como si alguien lo hubiera raptado y a cambio le hubiera dejado a este joven mal humorado y de escasa paciencia. Eric Yair repartió un par de cariñosos zapes en las cabezas de sus hermanos, se cargó en el hombro sus mochilas y los tomó de la mano.

Ya en la calle, soltó al aire, en voz alta: “Voy a escribir una canción”. Y no sé bien si fue un comentario dirigido a sus hermanitos, si era un plan que premeditaba o solo quería escucharse diciéndolo. Quizás fueron las tres cosas que se conjugaron.

Vale la pena agregar que esa mañana no sintió el miedo que le acosaba cuando caminaba por las calles de su colonia, no se preocupó por encontrarse con el A-Erre y su clika de zánganos que, a veces, desde temprano se instalaban en la misma esquina. Parecía que no dormían esos cabrones. Eran como un viejo mueble destartalado que nadie había tirado a la basura y que, por el abandono, se había vuelto parte del paisaje, impúdico y maloliente. Esa mañana nadie estaba en la esquina, cosa rara. Subió con sus hermanos al microbús. Estaba repleto, cargado con la misma gente que se encontraba desde hace años y que, por timidez, nunca saludaba. Hoy sentíase iluminado, por así decirlo. Dirigió un "agárrense bien" a los niños cuando empezó el zangoloteo del transporte sobre la calle empolvada y pedregosa. Alzó el volumen de su tarareo para que los demás escucharan. Agregó ideas a su canción:

Compas, fuerza, respaldo.

Al mismo tiempo que hacía una nota mental de esas palabras, se imaginó a unos vatillos comprometidos, escoltas, que lo acompañaban (el Ray, el Jerry, el Brayan). Los vio parados, ahí, al fondo, vestidos de negro, cachuchas de beisbol, gafas oscuras, cadenas de oro alrededor de sus cuellos y calzado deportivo impecable. El Ray fue el primero en verlo y sonreír, tocando el borde de su gorra en señal de saludo. Repitieron el gesto los otros dos. "Aquí estamos para ti, pa lo que necesites", imaginó que le decían. Entonces Eric Yair agregó los conceptos:

Apoyo, lealtad, familia.

Jaló a los niños y bajó en el lugar acostumbrado, frente a la primaria. Repartió cariñosos zapes antes de dejarlos que corrieran porque la chicharra estaba a punto de sonar. Siguió su recorrido a pie. En el trayecto, la guitarra de doce cuerdas se volvió lúcida, celestial, y se agregaron poco a poco los sonidos de una charcheta y un trombón que marcaban una cadencia bailadora.

Es probable que haya sido por sus delirios, por su ensoñación, que caminó muy despacio y llegó tarde a la bodega. El supervisor le echó una mueca sañuda que a Eric Yair le importó un carajo. Subió al montacargas y empezó a trasladar las palets, repletas de cajas, que

depositaba en la parte alta de los andamios. De vez en cuando se detenía, sacaba la hoja cuadriculada y agregaba otras ocurrencias.

Dudo que fuera una canción ya formada lo que escribía en el papel, creo que eran imágenes dispersas, lo que consideraba que debería incluir una canción. O no. Podría equivocarme y en realidad sí eran estrofas, versos ya formados en hilera, rimas centelleantes que se acomodaban con perfección:

Trabajé en una bodega,
y me gané respeto;
ahora soy el patrón...

No quiero subestimarlo. Después de escuchar tantas canciones que le gustaban, se había percatado de que eran historias de vida, ¿historias inventadas? Se preguntó si era verdad lo que cantaban esos plebes famosos que, según ellos, usaban pura ropa Versace, relojes Rolex y vivían por la ley de sus Glocks y sus cuernos de chivo. Pensó que no podía ser así, que eran plebes normales, talentosos como él, buenos para la inventada, puras fantasías de chamaco.

Pensándolo bien: tanta reflexión habría sido demasiado pedir a este joven personaje. No era bueno para la escuela, las lecciones no le entraban. Sufría con frecuencia los regaños de los profes y la burla de sus compañeros. Si no era por una cosa, era por otra: porque era inútil para los deportes, porque no tenía amigos, porque actuaba y se vestía diferente.

Lo más seguro es que no echó tanta inteligencia, tanta reflexión; siguió el ritmo de la música y las ideas que se le ocurrían. Se dijo: “Yo puedo hacer lo que hacen esos plebes famosos”, y agregó: “Yo puedo ser famoso como ellos, sonar en todos lados con mis cantadas”. Sonaría en los radios, en los celulares, en los fiestones, la voz de Eric Yair y su banda (el Ray, el Jerry, el Brayan) echando su música, repartiendo alegría entre la plebada.

Algo dentro de él —supongo— le dijo que así se ganaría un respeto machín, de primera. El respeto que le debían los profesores de la preparatoria, los plebes de su salón de clases y los pendejos como el A-Erre y su clika de malvivientes.

Se anunciaba la llegada de un nuevo Eric Yair, una nueva forma de comportarse, una seguridad en sí mismo que aparecía, de pronto, con una intensidad cabrona. Adiós, timidez y cobardía. Quihubo, mundo ingrato. Hasta saludó a sus compañeros de trabajo a la hora del

lonche, cosa que nunca hacía, y se sentó junto a ellos en el borde de la banqueta, donde comió una torta, sin romper su habitual silencio, pero agregando enorme *respeto* a la ocasión.

Respeto del bueno.

Respeto dondequiera.

Eso mero diría su canción. El respeto se gana, va y viene, es un trueque. Y si alguien rompe el fino hilo de ese intercambio tendrá que sufrir las consecuencias. Duras y violentas. Eso es ley. Y no debería ser una cosa complicada: ¿por qué chingarme si yo no te he chingado? Esa misma tarde surgió una situación embarazosa cuando el supervisor descubrió una *palet* que se había caído de los andamios, desparramando cajas y echando a perder el producto. ¿Por qué lo miraban así, por qué lo acusaban cuando había varios montacarguistas? Su canción le dio fuerza para responder a la acusación. Su canción lo sacó de ese flow tristón que últimamente lo embargaba, de ese silencio que se había vuelto suyo.

¡Yo no tiré nada! Elevó la voz y ese distinto Eric Yair sorprendió al supervisor como a su mamá por la mañana. No era un personaje nuevo el que surgía, sino uno que estaba escondido, oscurecido por las múltiples ofensas y maltratos, y que sería lo normal desde ahora y para siempre. La gente lo debía entender. ¿Quién lo denunció, quién le había dicho al súper que él había tirado esa *palet*, quién le faltó al respeto? Nadie dijo yo, por supuesto. Fue un trago amargo que se quitó rapidito del pensamiento (¡a la verga!) y terminó su jornada con el mismo brillo con el que había empezado el día. Hasta se despidió de sus compañeros.

Al salir de la bodega se detuvo unos segundos para sacar el lápiz y recargó la hoja contra una pared. Agregó estas palabras:

Traición, Dios, pecado.

Planchó el papel con las manos y lo volvió a guardar en su bolsillo. Caminó hacia el centro, entre la gente y el tráfico. Se detuvo en un taller de tatuajes para observar los dibujos que tenían en la vitrina: calaveras, pistolas, flores, lagartijas. Se quedó pensando: ¿qué se tatuaría él, con qué llenaría sus brazos, sus piernas, su cara? Y le dio risa pensar en el regañón que le pondría su jefa cuando lo viera llegar así, todo rayado. Si tan solo tuviera dinero…, suspiró, pensativo. Se volvió a reír a la vez que caminaba al ritmo de la charcheta y el trombón que repiqueteaba en su cabeza.

Era un plebe solitario y disfrutaba que lo dejaran en paz. No obstante, me atrevo a decir que había ocasiones en que soñaba con tener un compañero, alguien que fuera su especial, su inseparable; un vatillo con quien charlar y compartir lo que se guarda y no se suele compartir: lo profundo de la vida y los sentimientos. Una mano cabrona que pudiera agarrar y besar a cualquier hora, con orgullo, sin vergüenza. ¿Sería uno de esos tres: el Ray, el Jerry, el Brayan? ¿O sería un plebe de otra colonia, alguien que viviera lejos para que fuera todo un esfuerzo llegar a su casa y meterse en su cama? Mira, mira todo lo que caminé para llegar a ti. Ensalivó la punta del lápiz y escribió en el papel:

Sus piernas largas que entre sábanas voy a tocar.

Regresó a la colonia con ese anhelo, con el deseo de unos brazos fuertes alrededor de su espalda. Lo arrebató de su ensoñación la presencia del A-Erre y tres de sus pendejos, sentados en la misma esquina. Cruzó la calle y rodeó por la acera de enfrente. Ellos lo llamaron putito, princesa, mamacita, le chiflaron, le dijeron pendejadas. Neta que le valió verga. Como ropa recientemente estrenada, como armadura brillosa, la nueva versión de sí mismo cubría su cuerpo entero. Tranquilo llegó a su casa, besó a su jefa y repartió zapes. Aguantó el barullo de los niños y hasta se sentó un rato a beberse una coca y ver la televisión. Estaba más cansado que de costumbre, como que la fantasía y la música le habían pesado tanto como le habían enaltecido. Entró al cuarto que compartía con sus hermanos y se acostó en la parte baja de la litera, repasando el día. El cansancio se apoderó de él, ni siquiera tuvo tiempo de desvestirse. Tuvo un sueño pasajero que olía a flores; sueño de libertad y agradecimiento, acompañado de ese plebe que se imaginaba, su mero-mero inseparable, cotorreando con amigos y la música de fondo, viva, palpitando, llena de energía.

No se dio cuenta de la hora en que despertó, aún era de noche y los niños ya estaban dormidos.

En la calle se escuchaba un tiroteo esporádico. Ruidos que se encendían y pronto se apagaban afuera de su casa, en la calle. No era un sonido ajeno a su colonia sino un playlist al que ya se había acostumbrado. Eric Yair recordó el papel. Lo sacó de su bolsillo con delicadeza y leyó lo que había escrito en él, esas ideas que lo describían con exactitud, que le recordaban quién era en verdad. Era

un corrido, una canción inolvidable. Planchó el papel con esmero y lo guardó debajo de la almohada. Sabía que le faltaba un final a su historia, una última estrofa que coronara la canción perfecta.

Valentía, coraje, desafío.

Pasó por la cocina, abrió el cajón y tomó un cuchillo, el más filoso. Repiqueteaban la charcheta, el trombón y los guitarrazos. Imagino que la dulce canción estaba ya casi formada cuando abrió la puerta de su casa y penetró en la oscuridad.

VIDEO

Estaba haciendo fila para pagar en el supermercado. Solo eran siete tomates que me había encargado mi mamá. Uf, la fila para pagar medía un kilómetro de largo.

Está bien, reconozco que estoy exagerando: ¿medio kilómetro?

Está bien, solo había unas seis personas delante de mí, pero la fila se movía muuuuuy despacio.

Las otras filas estaban igual, se arrastraban como víboras, como víboras venenosas, moribundas. Quizás porque era martes. Martes de superfilas en el supermercado. Clavé la vista en mi cel, pasando y repasando las novedades, soñando con un tiempo en el futuro cuando las filas dejarían de existir.

La señora de hasta enfrente estaba pagando con monedas. Así como lo oyes. Tenía una bolsita de plástico y las vació a un lado de la cajera. Se puso a contarlas: un pesito, dos pesitos, tres pesitos… Aunque yo tenía la mirada clavada en el cel, no podía dejar de pensar en esas monedas, una por una hasta... Además, compró muchísima mercancía, como para alimentar a un orfanatorio. Encima, estaba haciendo mucho calor. De esos calorcitos húmedos, insoportables. Y la gorda que estaba enfrente de mí sudaba como gorda dentro de un sauna. Y olía retemal. Chale. Martes de superfilas y supergordas en el supermercado. *Too much.*

Ya faltaban tres personas cuando miré al viejo que estaba poniendo en bolsas las cosas que una muchacha acababa de pagar. Era un viejo alto, de lentes, medio encorvado. Lo miré, lo miré, lo miré fijamente y me pregunté: ¿acaso es él? Nah, solo se parece un montón. Y me repetí: ¿es él, acaso? Qué loco sería. Le tomé una foto, sin que se diera cuenta, mientras llenaba otra bolsa: los botes abajo, luego las frutas y el pan encima. Era un profesional del empaque.

Ya estaba bien cerquita del viejo, pagando mis tomates, y se me ocurrió preguntarle a la cajera: —Oiga, ese señor ¿no es el escritor Luis Humberto Crosthwaite?

La cajera me miró con aburrimiento, como diciendo qué no ves que tengo trabajo, por qué no se lo preguntas a él. Pero ¿cómo creía que yo le iba a preguntar?, ¿qué tal si no era y yo estaría haciendo un monumental ridículo? No, no, el ridículo no se me da. Por suerte, la mujer decidió darme una ayudadita: —Oiga, don Luis, ¿usted se

apellida Cruz?

—Cruz… guait —corregí, ya mirándolo.

El señor dijo que no. Lo dijo con brusquedad, sin sonido, solo moviendo la cabeza sin voltear a verme.

—Es que usted se parece a un escritor —me animé a comentar—, ¿nunca se lo han dicho?

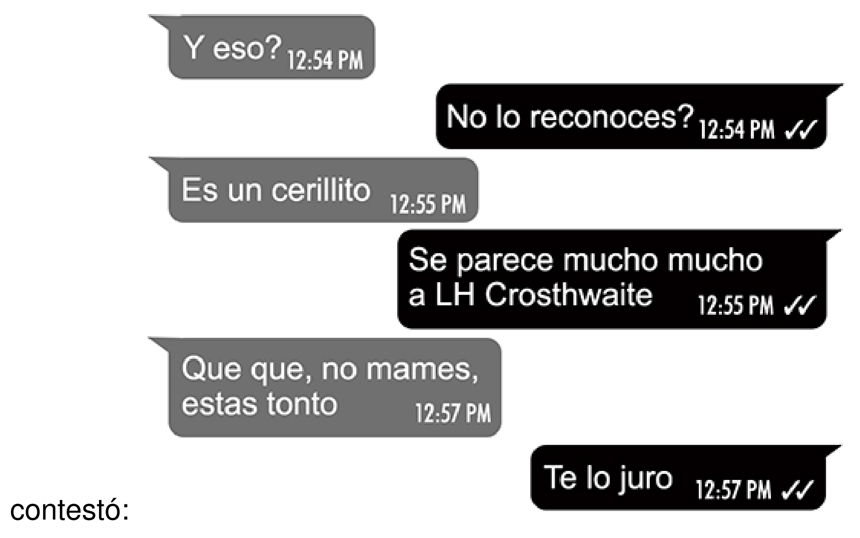
Contestó igual, sacudiendo la cabeza y mirando el piso.

—¿Me deja tomarle una foto?

Nuevamente la negativa.

—Bueno, gracias. —Pagué los tomates, caminé unos pasos hacia la salida y le tomé una foto de perfil. Cómo no.

Afuera del súper, se la mandé a Elvira. Tres segundos después me contestó:



Regresé al súper, esta vez con Elvira. Lo busqué entre las cajas y no estaba.

Hicimos fila para pagar una bolsa de ruffles y unas cocas; por suerte, esta vez no había tanta gente.

—Oiga —le pregunté a la cajera—, ¿no está el señor de ayer?, ¿se acuerda?, le pregunté si era el escritor...

—Ahí está —me dijo, señalando una banca en donde estaban sentados varios viejitos.

Le di un codazo a Elvira.

—Don Luis —gritó la cajera—, aquí lo buscan.

El viejo me miró y rápido bajó la mirada. Yo quería que mi amiga lo viera bien. Era su escritor favorito. Se sabía sus libros de memoria, los recitaba cada rato y me convenció de leerlos. Yo entré a la Escuela de Humanidades nada más porque sí. Sin razón alguna, sin leer. Pronto

conocí a Elvira y descubrí que ella poseía las llaves del reino de la lectura. Ahora yo también leo, jaja.

Nos acercamos a la banca. Ella lo miraba con sospecha.

—Oiga —le dije—, ¿señor?

—¡No soy! —gritó, enojado, y se levantó de la banca. Estaba tan alto que sentí vértigo cuando se paró frente a mí. Me quité de su camino porque ya le tocaba el turno de empacar en la caja tres.

Hubieras visto el semblante de Elvira. Ahí estaba paradota con su bocota abiertota. —Entonces, ¿sí o no?

—No puede ser —me dijo.

Ella también le tomó una foto de lejos.

—¿Qué te parece? —le pregunté—. ¿Es o no es?

—Se parece al Ele Hache del retrato de sus libros... pero más viejo.

Salimos del supermercado. Caminábamos a mi casa, ella bien callada, pensativa. Luego de un rato comentó: —Pero si es Ele Hache, ¿por qué trabaja en un supermercado? Eso no tiene sentido.

—Yo qué sé —le dije—. A lo mejor se está haciendo pasar por un cerillo para su próximo libro. Yo sé que los actores hacen eso para prepararse.

—Pues si es así, le acabamos de arruinar su teatrito —me dijo.

Regresamos el siguiente día. Esta vez habría video, y la noticia se daría a conocer en el mundo, jaja.

Teníamos un plan: Elvira grabaría el video mientras yo leía en voz alta una parte de su libro. El viejo estaba en la banca nuevamente.

—Señor Crosthwaite: le queremos decir que somos sus fans y tenemos una sorpresa para usted.

El viejo buscaba esconderse entre sus compañeros de banca. Estos qué se traen, preguntó una señora. Se levantaron rapidito y se dispersaron como palomas cuando vieron que estábamos grabando con el celular. Solo se quedó la señora.

Y empecé mi lectura, acá, bien dramático:

—“Bueno, bueno, sí, sí, probando. Así como es elegante, también es puntual. A las 20 horas, según lo señala su reloj, se instala sobre una tarima y hace pruebas de sonido. Ha escogido para hoy un vestuario impresionante”.

La señora, una vieja flaca, nos habló fuerte mientras pasaba un brazo por los hombros del viejo Crosthwaite. Lo protegía. ¿Sería su amante? Jaja, no creo.

—¿Qué están haciendo, por qué lo molestan? —nos dijo con un tono de abuelita regañona—. ¡Déjenlo en paz!

Yo no interrumpí mi lectura:

—"El anuncio señala los hechos más destacados de su carrera (esto es, para los pocos que los desconocen): haber cantado para presidentes municipales y jefes de bomberos".

Un señor con modos de gerente se acercó, todo seriedad, y se paró frente a nosotros, frente a la cámara.

—No pueden hacer esto —nos dijo—. Dejen de grabar.

Por supuesto que Elvira no dejó de grabar. Ni que el mercado fuera un lugar ultrasecreto. Además, la intervención del gerente le daba un toque de lujo. Yo seguía con mi lectura, cada vez más fuerte: —"Cumple una labor esencial como proveedora de música y letras de las canciones. Porque a veces se le olvidan las letras al Elegante Joan".

Finalmente se acercó un policía y okey, okey, paramos la grabación. Salimos corriendo, entre risas. Aprovechamos la primera sombra para revisar el video.

—Súbelo —le dije.

—Espérame, lo quiero ver primero.

Estuve de acuerdo. Había que revisarlo, editarlo, agregarle efectos, etcétera, etcétera.

—Oye —me dijo Elvira—. Esto no me gusta: ¡está llorando!

—Ay, cómo crees —le dije.

—Chécalo.

Observé cada detalle, muerto de risa (mi lectura, ¡genial!), hasta que llegó el momento que ella señalaba. Le puse pausa. Lo repasé en cámara lenta.

—Sí —acepté—, parece que está llorando cuando nos dijo déjenme en paz. No entiendo por qué.

—Yo tampoco, pero no estaría bien subirlo. Es el video de un señor al que hicimos llorar.

Quizás Elvira tenía razón. Pero las redes estaban llenas de ese tipo de videos y por lo general eran chistosos. Sí, había unos que no eran tan chistosos; pero igual los veía la gente y aumentaban tus seguidores.

—Hay que subirlo, Elvi —le dije con una cara de niño bonito: travieso y tierno a la vez.

—¿Tú crees?

—Es tu escritor favorito, ¿no?

—Sí, pero...

—Yo digo que es como un lindo homenaje.

—No sé.

—Yo digo que es un gran homenaje, Elvi. Anda, súbelo.

—No es un homenaje, es todo lo contrario.

—Está emocionado. Llora por la emoción que le causa ser reconocido por sus fans.

—No. Está enojado, frustrado… avergonzado.

—Mira: nunca hemos hecho un video como este. Imagina los laiks, las reacciones.

Elvira guardó silenció unos momentos, como que lo pensaba. Primero como que quería, luego como que no quería, que sí, que no, que sí, que no…

—Ándale, Elvi.

Ella cerró los ojos, respiró profundo y presionó enviar.

EL ÚLTIMO SHOW DEL ELEGANTE JOAN

Quiero una respuesta
y la quiero pronto.
Joan Sebastian

—Bueno… bueno… sí, sí… probando…

Así como es elegante, también es puntual. A las 20 horas, según lo señala su reloj, se instala sobre una tarima y hace pruebas de sonido. Ha escogido para hoy un vestuario impresionante: sombrero negro, texano; saco de terciopelo, camisa de seda brillosa y una corbata tipo bolo. Atrás del pequeño escenario, en la pared, coloca un enorme cartel donde sobresale su foto, tomada de perfil, micrófono en mano. El anuncio señala los hechos más destacados de su carrera (esto es, para los pocos que los desconocen): haber cantado para presidentes municipales y jefes de bomberos; destaca, con letra de intensos colores, el número telefónico para comunicarse con su representante, en caso de querer contratarlo para una fiesta.

Acomoda un banco para su laptop Natalia (una vieja HP del año de la cachetada); comprueba la conexión a internet. Nunca falta quien le escriba, durante el show que se trasmite en vivo a todo el mundo, para manifestar sus muestras de cariño. Los remitentes saben que él los menciona entre las canciones: “Saludos a doña Güichita, que nos escucha desde la colonia Ocotal”, “Un saludo fraternal al señor Julián, por su amabilidad y apoyo constante”. Además, Natalia cumple una labor esencial como proveedora de música y letras de las canciones. Porque a veces se le olvidan las letras al Elegante Joan, sobre todo cuando se trata de melodías que el público no pide a menudo. De pronto, alguna persona solicita una canción que él no logra ubicar por más que esculca entre sus recuerdos. Aun así, nunca dice que no, es un detalle suyo. Busca la canción en la red, localiza la letra, escucha un poco de la melodía y la interpreta “con mucho gusto para todos ustedes”.

Complacer, de eso se trata. Es su máxima sobre el escenario: Todo se lo debo a mis seguidores, nadie se irá insatisfecho esta noche. “Mi alimento son sus aplausos”.

Ya para cuando determina que todo funciona a la perfección, el Elegante Joan se retira del escenario y se sienta en su lugar

predilecto, un banco ubicado en un rincón oscuro. Pide una cerveza Tecate (roja) y observa la llegada de su público. Hombres y mujeres que, tras un día de arduo trabajo, deciden regocijarse con su espectáculo y honrarlo con su presencia. Llegan solos, en pareja o en grupo y se van acomodando alrededor de las mesas. Un equipo diligente de empleados atiende las solicitudes de alimentos y bebidas.

Aunque procura mantenerse entre bastidores, en la oscuridad de su rincón, la gente sabe que ahí se encuentra y varias señoritas atrevidas le arrojan besos que él agradece sin dejarse ver.

Prefiere que no lo anuncien. Se encienden los reflectores, entra al escenario y surgen aplausos con la fuerza de una tromba, los cuales agradece con cierto dejo de coquetería y humildad, su cara parcialmente oculta bajo el sombrero. Se desplaza con serenidad, gracia y donaire, tal como lo ha ensayado frente al espejo una infinidad de veces. Espera que los aplausos escampen, se sienta junto a Natalia y teclea lo que es necesario para despertarla. Ella perfuma el ambiente con los primeros acordes de una guitarra. Y así, rodeado de silencio, el Elegante Joan empieza a cantar:

Qué no te habrán dicho,
qué no te habrán dado,
y si hay un capricho
que no has realizado…

Es como el inicio de una plegaria, remota y de bajo volumen —tímida, se podría decir, retraída— que poco a poco va adquiriendo fuerza y sentimiento. Entonces llega lo esperado, la develación: el trovador levanta la cabeza, muestra su rostro y con una sonrisa brillante entona con exquisita lucidez:

El primer tonto
de tu vida quiero ser,
el primer tonto
que te amó a ti, mujer.

Ahora sí, la vista y la voz dirigida al público mientras reinicia la tromba de aplausos. Ya no regresa a la penumbra; todo, completo, se entrega, otorga su alma, sin reservas, a cada una de esas personas. Su mirada recorre las mesas a sabiendas de que no encontrará rostros desconocidos, solo esas mismas y gratas presencias que lo

han acompañado con fidelidad desde sus humildes inicios.

Descubre una sola mesa vacía en el lugar atiborrado de comensales. Aunque le perturba esa laguna en su campo visual, ese espacio solitario, empieza otra canción sin perder la compostura:

De un tiempo
a la fecha,
te encuentro
cambiada…

No ha llegado la dama de rojo; le sorprende porque es tan puntual. La descubrió hace unos meses y siempre la ha visto sentada en el mismo lugar. Suele vestirse en tonos carmesí, vestidos sencillos y a la vez elegantes. Ella lo observa con afecto y sonrisa franca. No es una mujer joven, como muchas de sus seguidoras, sino una señora distinguida cuya madurez le cautiva. Nunca pide de cenar, solo bebe un exquisito tequila (Cazadores, reposado).

Las últimas semanas, el trovador ha fijado su atención en ella, situación que no ha pasado desapercibida entre el público. Escucha el cuchichear de la concurrencia, pequeños murmullos cuando él empieza con una melodía que parece cantar solo para ella. Él ha querido acercarse para preguntar su nombre, pero ella desaparece cuando termina el espectáculo y los fanáticos se arremolinan alrededor de su ídolo.

Sin duda hay quienes envidian a la dama de rojo. ¿Quién no se habrá imaginado, alguna vez, compartiendo su vida con el Elegante Joan? Aun sin conocerlo en persona, se intuye al hombre perfecto detrás de esa voz. No son sus canciones, es cierto, pertenecen al maestro; pero él es más que un imitador. El sentimiento que invierte en sus interpretaciones, la dedicación y la entrega demuestran humildad, su enorme corazón.

¿Cantará en su casa esas bellas canciones? ¿Nos despertaría con su voz cada mañana, nos haría el desayuno, nos acercaría las pantuflas? ¿Estaría atento a nuestras necesidades y afanes? ¿Nos arrullaría en la noche, vigilaría nuestro sueño? Seguro que sí.

Aunado a su placentera forma de cantar, el artista muestra un exquisito talento para contar breves historias sobre su vida: “Esta canción me recuerda los bellos tiempos en que mi madre, Aurorita, me llevaba de la mano y caminábamos juntos por el centro de la ciudad. La fragancia de su perfume me hacía sentir que escoltaba a una reina.

Me encandilaba su presencia, sus refinados modales. Cómo te extraño, mamacita. Esta canción es para ti".

Quizás algún crítico se atrevería a decir que los pasajes de su biografía no suelen embonar. Su descubrimiento como proeza musical a veces ocurre cuando Joanito cantaba en un transporte urbano; otras, en un circo o enfrente de la catedral. No se le debería reprochar. No se trata de mentiras, sino de delicadas ficciones cuya intención es embellecer o complementar la canción que se dispone a interpretar. Por ejemplo, compárese el siguiente enunciado: "Había una botica en el centro, donde mi madre me compraba golosinas", con este otro, dicho hace unos meses: "Aurorita trabajaba muchas horas para alimentar a su Joanito; en mi infancia no hubo juguetes ni golosinas", ambas expresadas como preámbulo a su interpretación de *Secreto de amor*. El público nunca ha pedido explicaciones. Tampoco hay cuestionamientos cuando menciona ciertos filmes en los que ha trabajado "junto a famosas estrellas de Hollywood".

La dama de rojo llega tarde, inquieta. Algo ha sucedido en su vida, algo le preocupa. No es habitual en ella el desorden de su cabello que, sin duda, trató de arreglar antes de su llegada. El vestido bermejo muestra un desarreglo y arrugas que no le son comunes. Pide disculpas cuando camina apresurada entre las mesas. Al llegar a su lugar, el mesero la espera con un caballito de tequila (Cazadores, por supuesto) que ella bebe con rapidez como si fuera necesario tranquilizarse. Se da cuenta de que ha llamado demasiado la atención. Se disculpa una vez más.

El propio cantante le pide a su fiel Natalia que por favor interrumpa la música de *Tatuajes* porque le preocupa la situación de la mujer. Mueve los labios y forma en silencio la frase "¿Estás bien?". Es la primera vez que se dirige a ella sin una canción de por medio. La dama sonríe, tímida y ruborizada, sin poder ocultar su turbación.

A pesar de la situación incómoda, el trovador empieza con el recitativo que dedica a la dama de rojo:

Me contaron de Romeo y Julieta y pensé "qué hermoso cuento". Y ahora resulta que es más grande y que es más bello esto, esto que por ti yo siento.

Intuye el semblante triste, los ojos vidriosos, la pena que ella esconde. Desea que su mensaje sea más claro y directo que nunca:

Cruzaré los montes,

los ríos, los valles
por irte a encontrar.
Salvaría tormentas,
ciclones, dragones
sin exagerar...

Un hombre se levanta y camina hacia él. Un fanático, quizás, que desea estrechar su mano en el momento más inadecuado. ¡Nunca falta! Su paso es lento, seguro. Por un instante, el cantante piensa que al hombre lo impulsa una admiración más allá de la cordura, que extraerá de pronto un revólver y descargará sobre él toda su admiración. ¿Así es cómo acabará la vida del Elegante Joan, sobre un escenario, frente a los espectadores que lo veneran? No sería la primera estrella, como se sabe, que se extingue de esta manera. Quizás sea el final más anhelado para quienes han dedicado su vida al espectáculo, el único cierre de telón que es a la vez doloroso y formidable. En ese fugaz instante en que el hombre camina en su dirección, Joan mira de nuevo a la dama de rojo y se pregunta si su llanto es una forma de presagio: ¿el amor que se profesan (porque es amor, sin duda), hasta hoy platónico, permite a la dama contemplar por adelantado su muerte?

El hombre llega frente a él. Sus facciones son de cansancio. Habla con voz grave:

—Es por demás, Juan —dice. Hay resignación en el tono de sus palabras—. Hicimos cuanto se pudo, pero vamos a cerrar.

Frente al micrófono y su público, las palabras del patrón carecen de significado, son sílabas que forman hileras de sonidos incomprensibles, que se repiten como un zumbido. Sonidos toscos, sin ritmo. No hay música, metáforas ni romanticismo en ellas. No pertenecen a un vocabulario comprensible.

—¿Juan?

Desde hace meses, el Elegante Joan solo canta para los meseros en un restaurante vacío y al borde de la quiebra. El patrón agradece su esfuerzo, sobre todo por no haber perdido el entusiasmo y seguir actuando con la energía de un profesional.

—No es fácil mantener abierto un negocio en estos tiempos —agrega el patrón, como si tratara de convencerse a sí mismo—. Pensé que con un imitador…

El trovador espanta el molesto zumbido de sus oídos y contempla a la muchedumbre que lo idolatra. El lugar está abarrotado. No hay lugares vacíos, ni siquiera entre la gente que está parada en el fondo

del recinto; afuera, una multitud que no alcanzó a entrar esta noche permanece expectante, animada por el anhelo de que su ídolo saldrá tarde o temprano a repartir autógrafos.

El público guarda silencio, con la vista fija en él. ¿A qué se debe este repentino mutismo? Se asoma una mano tímida, entre la multitud, que se eleva en forma de saludo. Una palmada que, al repetirse, se convierte en un aplauso cohibido. Brotan muestras de cariño que, poco a poco, se transforman en numerosos “gracias” que caen a sus pies como pétalos. Siente en lo más hondo de su ser el cariño de quienes lo rodean, hombres y mujeres que parecen haber sido liberados de sus grilletes para demostrar con su entusiasmo la adoración que le profesan al ídolo.

Conmovido por la respuesta de su gente, sabe que no hay una sensación tan cálida, tan primordial, como la que ahora lo envuelve. Abre los brazos y en un solo movimiento se inclina unos segundos. Al erguirse, sus manos están sobre su pecho. “Declaro que los amo, y es a corazón abierto”.

Entusiastas caballeros y atractivas doncellas se acercan para tocarlo, abrazarlo. El Elegante Joan sabe que no puede perder más tiempo, tiene planes concretos que debe realizar esta misma noche; se lo impiden las constantes muestras de cariño, las solicitudes de autógrafos y retratos que de repente lo abruman. ¿Cómo expresar que solo necesita de ellos un delgado gajo de paciencia y comprensión?

Busca el apoyo de su fiel Natalia, su cómplice, quien quizás lo conoce mejor que nadie. La mira en busca de una respuesta y ella sonríe, mostrándole un pulgar levantado:

—No pierdas el tiempo. Hoy es tu noche.

El cantante entiende. Entiende perfectamente.

Sin dejar de lado su amabilidad, agradece a sus seguidores mientras se libera de la turba con movimientos asertivos. Camina hacia la barra y pide dos tequilas. No está el cantinero, pero descubre que dos caballitos ya están servidos, esperándolo.

El público, que ha adivinado sus intenciones, forma una valla sin dejar de aplaudir, desde la barra hasta la mesa donde se encuentra la dama de rojo. Alguien ha puesto una silla para él. Se sienta al tiempo que coloca los tragos sobre la mesa. Se quita el sombrero e inclina la cabeza como respetuoso saludo. Ya no hay tristeza. El semblante de su dama brilla porque entiende. Entiende perfectamente.

La última melodía aún ronda los pensamientos del Elegante Joan. Él mismo quisiera *poder mirarse en sus ojos bonitos y vivir la gloria de estar a su lado*. Se lo dirá en susurro más adelante, por lo pronto se


conforma con preguntar su nombre.

NOVELA

1

Eran tiempos de crisis. Abandonado, sin mujer, sin deseos de seguir adelante. La depresión se colgaba de mí como una pesada ancla.

Me despidieron de la secundaria donde trabajaba. La directora me dijo que no cumplía con las expectativas del colegio, que los alumnos y sus padres se quejaban de mí. Yo era muy duro, según ella, reprobaba a los chicos sin remordimiento y mis técnicas no se podían aceptar en un currículo escolar, mucho menos en el de un colegio privado. Así lo llamó, "técnicas", como si reprobar al que no estudia fuera un invento mío, un mal aplicado método pedagógico.

Le parecía que me ensañaba con ellos y no pensaba en su futuro. Es obvio que tampoco pensé en el mío cuando hice una exabrupta referencia a su progenitora. Ella me conocía como hombre serio, bien portado, respetuoso. Sin embargo, surgió de mi boca un filoso torrente que no podría citar textualmente porque no lo recuerdo bien. Algo así como "rechingue a su putísima madre, vieja pendeja". Me salió del alma. Fue sincero. Lo que quizás hubiera sido una simple llamada de atención para que corrigiera mis "métodos" se transformó en un despido fulminante.

Dentro de lo que cabe, me considero una persona racional, nada impulsiva, solo que tengo límites como cualquiera y los míos habían sido rebasados. La depresión, esa aguja picosa con quien compartía mi existencia, se encargaba de mostrarme lo inútil que era mi vida, lo inservible que era yo. Aunado a ello, en el aula debía lidiar con mocosos insufribles. A cualquiera se le perdonaría perder los estribos por unos segundos. El despido había sido tan injusto como lo era la condición de mi vida en aquellos días: una mala tarde que se había prolongado por años.

Soy una persona racional, nada impulsiva, lo cual no mermó que yo regresara a la escuela por la noche y rompiera uno de sus ventanales con una certera pedrada. Fue un acto liberador. Regresé a mi casa y dormí el sueño de los justos. La pedrada reacomodó mis chakras; mi depresión, tras hacer una mueca de fastidio, se apaciguó.

Sin embargo, fue el cúmulo de los días siguientes, desocupados,

ociosos, lo que empezó a joderme. Me quedaba mirando el techo, el piso, las paredes; me miraba las manos. Así transcurría el tiempo. Navegaba a través de canales de televisión y redes sociales, sin ver ni retener información alguna. Pasaron semanas que no eran de angustia ni desesperación, sino un debate silencioso entre el ser y la nada.

Lo que me obligó a despertar del letargo fue el hambre que se removía ruidosamente en mis intestinos. La alacena empezaba a vaciarse tan rápido como mi cuenta de ahorros. Caminaba rumbo al mercado, cuando llamó mi atención un rústico letrero de papel, mal pegado a un poste de luz:



Colgaba del anuncio una falda de cupones con el mismo número telefónico que los interesados podían llevarse. Lo arranqué completo y me lo guardé.

Mi depresión es cruel, me impide avanzar. Me quedé mirando el techo, el piso, las paredes; mirando mis manos y ahora el anuncio. Hacer una llamada puede ser difícil para quien sufre de esta enfermedad. Miraba el celular como si fuera algo irreconocible. En dos días solo había marcado tres números. Pasaron otros días antes de marcar el resto. Mi intención inicial no era solicitar empleo sino corregir a quien hubiera hecho el anuncio, decirle que no podía tratarse de una novela, que yo era profesor de literatura y que sabía de lo que hablaba.

Tardaron en contestar y eso me puso de malas. El teléfono mascullaba una serie de tonos reiterativos que se volvían largos, eternos, un desfile que recorría el mundo como una estampida de

búfalos salvajes. Arrojé el celular lejos, azotó contra una pared y cayó al piso.

Dicen que es bueno desquitarse con los objetos para evitar hacerlo con los seres vivientes. Podría ser una almohada, por ejemplo, golpearla, azotarla, desplumarla para sacar el coraje que se acumula como polvo a lo largo de los años, que se vuelve costal de piedras, que se arrastra como una fuerza implacable…

Y de pronto una ola de viento fresco: Britney, su canción, un resplandor efervescente:

Oh, baby, baby.
How was I supposed
to know that something
wasn't right here?

Era el timbre de mi celular. Lo recogí del piso y respondí a la llamada. Una voz metálica, femenina, la contraposición de Britney, me preguntó si estaba interesado en el empleo que ofrecían. Dije que no, que no llamaba para eso, sino que deseaba hacer una pequeña corrección.

—El anuncio está equivocado —expliqué—. No se trata de una novela, sino que debe ser una telenovela. Es un error común ya que mucha gente…

—¿Quiere ser personaje? —interrumpió.

—¿De una telenovela?

—Una novela, una obra literaria.

—Los personajes literarios no surgen de un casting… —corregí.

—Solicitamos personajes para novela. Si lo hace bien, podría ser invitado a formar parte de otros proyectos del mismo autor.

—O sea que es teatro…

—Novela, novela, ¿qué no me oye? Una historia extensa, muchas páginas, muchas palabras.

—No entiendo.

—¿Quiere o no?

La voz metálica me informó del pago. Era más de lo que ganaba como profesor de literatura. Mucho más. Había premura, me explicó. La cita debería ser ese mismo día. Estaba por concluir el periodo de reclutamiento. Me dio la información necesaria y agendó una cita. Colgó sin despedirse.

La falta de ingreso me motivaba tanto como la curiosidad. En una

época remota de mi vida había elegido la profesión de maestro por amor a las letras y la lectura. Al pasar de los años, ese amor se transformó en desprecio debido a mis inútiles esfuerzos por convencer a adolescentes desinteresados. Tanta insistencia acabó por joderme. Tanta oposición acabó con mis buenas intenciones. Por eso me había dedicado a reprobar y reprobar: Ah, ¿no te interesa la Afrenta de Corpes? ¡Tacha! ¿No sabes recitar las primeras líneas de Martín Fierro? ¡Tacha! ¿No sabes en qué pensaba el coronel frente al pelotón de fusilamiento? ¡Tacha! Me imaginaba colocando esas tachas en la frente de mis alumnos como candentes marcas de hierro.

2

Acudí puntual a la cita. Era una oficina tipo consultorio médico con una pequeña sala de espera y una recepcionista. Había otras personas, sentadas, revisando sus celulares con expresión de aburrimiento. Me acerqué a la recepcionista, di mi nombre y ella con voz metálica me ordenó que me sentara. Contemplé los rostros de los que esperaban como yo. Eran jóvenes y algunos masticaban chicle. Posaban un dedo sobre sus celulares y lo movían al mismo tiempo, como si se tratara de una bien orquestada coreografía. Ninguno parecía darse cuenta de la existencia de los otros; sin embargo realizaban el mismo movimiento sobre sus pantallas: dedo arriba, abajo, de izquierda a derecha.

La recepcionista interrumpió mis cavilaciones para decirme que podía pasar. Señaló una puerta. Me sorprendió y realicé un gesto con las manos que decía: "¿Yo? ¿Pero cómo, no le toca primero a los demás?". La recepcionista formuló un gesto de repugnancia como diciendo: "¿No sabe seguir instrucciones? Ya empezamos mal". Obedecí su silencio y me dirigí a donde ella señalaba.

Al entrar a la otra habitación y cerrar la puerta tras de mí, me encontré ante una expansión de impactante oscuridad. Era como internarme en un pozo cuya profundidad desconocía. Se apoderó de mí un extraño temor, la sensación de haberme internado a un espacio arbitrario, sin reglas ni regulación. No supe de mí, de lo que me rodeaba. Estaba a punto de regresar al área de recepción cuando escuché una voz que provenía de un lugar indeterminado:

—Acá estamos, acérquese.

Poco a poco identifiqué un punto de luz tenue, distante. Caminé hacia ese diminuto resplandor, descubrí que era una lámpara. No me hallaba en una oficina, como esperaba, sino en un espacio enorme, como una gran bodega, tan grande que su superficie parecía mucho más amplia que el edificio donde se encontraba.

La lámpara estaba sobre una mesa portátil de un metro y medio de largo, había también sillas plegables como si se hubiera improvisado un espacio de oficina adentro de un almacén. Escuché mi nombre.

—¿Es usted?

—Sí.

—Por favor acérquese.

Dos hombres ocupaban las sillas. Me aproximé con timidez, sintiendo un temblor en el cuerpo.

Parado frente a ellos, me sorprendió que los hombres se parecieran tanto entre sí. Como gemelos, mas no idénticos. Había minúsculas diferencias en el tamaño de sus narices, en la forma de sus bocas, en sus cejas y, sobre todo, en sus comportamientos. Uno era de movimientos nerviosos, acelerados; el otro apenas parecía vivo. Además, vestían ropa muy similar: un pantalón oscuro, camisa blanca con corbata. Uno de ellos usaba lentes de grueso armazón. El otro tenía la camisa arremangada y escribía en un bloc de notas.

—Siéntese, por favor —me indicó este último—. ¿Cómo está?

La persona que sufre de depresión no sabe contestar a esta simple pregunta. Lo más sencillo es mentir con un simple y llano “bien”, pero lo que desea es contar su triste historia. Es un impulso fuerte, así que a veces es necesario taparse la boca para que no escapen los torrentes de amargura: mi vida es una calamidad, acabo de perder mi empleo, estoy en crisis, mi esposa me abandonó, pensé que se trataba de una relación duradera, mejor que las anteriores, pero resultó que…

—Bien, muchas gracias —respondí.

—Supongo que sabe usted de qué se trata este asunto. —No esperó mi respuesta, prosiguió—: El señor a mi derecha ha contratado a mi empresa para realizar un *head-hunting* literario. Se trata de reclutar a un grupo para ser personajes de su siguiente novela. Hasta ahora, todos los candidatos que hemos entrevistado han sido jóvenes estudiantes de Letras Hispánicas, más o menos de la misma edad, así que nos resulta grato que usted acudiera siendo una persona mayor. Le voy a confesar que yo mismo he sido seleccionado para pertenecer al equipo que desarrollará este proyecto. Aunque originalmente fui contratado para realizar la caza de talentos, el Señor Autor está convencido de que yo sería la persona ideal para realizar la tarea más importante del proyecto. —Y tras una pausa que se podría considerar dramática, explicó—: Seré el narrador de la novela.

Hablaba con una mezcla de entusiasmo y satisfacción. El hombre de los lentes, en cambio, si tuviera que interpretar sus escasos signos de vida diría que parecía desinteresado e insatisfecho. Nunca levantó la vista de sus apuntes. El narrador siguió con su explicación:

—Usted es una persona interesante, ¿te puedo tutear? Te acaban

de despedir de tu empleo. Sabemos que invertías un notable empeño a tu labor docente, así que consideramos que fue una decisión injusta. —Palmeó la mesa, como quien mata una mosca, para subrayar la injusticia—. Tratar de educar a estudiantes de esa edad es una faena que requiere altos grados de paciencia, casi la de un santo. Son pendejos e insoportables. No toman nada en serio. *Don Quijote*, *El Mío Cid*, *La Celestina* son grandes obras que no deberían inculcarse a mocosos que ni siquiera han aprendido a limpiarse el culo, pero no queda más que resignarse a lo que dicta un sistema educativo nacional diseñado por burócratas analfabetas.

Caray, estaba de acuerdo en todo, yo mismo no lo habría expresado mejor. El hombre arremangado no se detuvo:

—Estoy convencido de que la directora, tan vanidosa como ignorante, nunca habría entendido esta razonable explicación, así que hiciste bien en solo mentarle la madre. Se lo merecía, por idiota. Y se justifica que rompieras las ventanas, por supuesto. Claro que surgió de nuevo la depresión, eso detuvo tu impulso de vivir porque eres un hombre sensible: piscis. Lo bueno es que hallaste nuestro anuncio y aquí estás frente a nosotros.

Quise preguntar “¿cómo sabe todo esto de mí?”, pero el hombre se adelantó:

—Soy ese tipo de narrador —explicó—, omnisciente.

Al parecer, se trataba de una entrevista en donde las preguntas eran prescindibles. El narrador sabía todo de mí: biografía, medida de calzado, cereal preferido, intimidades, incluso lo que nunca habría confesado. Prosiguió:

—De seguro tienes preguntas que hacernos. Es entendible. De una vez te digo “no te preocupes”, “sí”, “no”, “no, por supuesto que no”, “al fondo a la derecha” y “de nada”. Te esperamos mañana temprano, la recepcionista de la voz metálica te informará el lugar y la hora. Gracias, adiós.

No hubo necesidad de mostrar mi currículum, para qué. Este narrador hubiera podido decirme el color de los calcetines que usé el primer día que asistí a preescolar. Agradecí a los dos hombres, aunque el autor no volteó a mirarme. Salí con una mezcla de entusiasmo y satisfacción. No solo sería un trabajo remunerado sino que tendría la oportunidad de participar en la construcción de una obra literaria. Regresé a mi casa con hambre y buen humor, abrí dos latas de crema de elote con briosa obstinación, como quien se cree dueño del mundo.

3

Seis de la mañana. Tienda de autoservicio.

Cinco jóvenes, sonrientes y muriéndose de frío, formaban un grupo compacto. Me aproximé a ellos. Pregunté si estaban ahí por el empleo. Respondieron que sí y gustosos se presentaron: José Jacinto, el de cabello largo. La huesuda Sofía Renata. El grandulón Gaspar Armando. La linda pareja, Heberto y Carlota.

Gaspar me explicó que ya había trabajado anteriormente con el mismo autor, y que ahora había invitado al resto de su pandilla, alumnos del último semestre de la licenciatura en Letras Hispánicas. Quise saber más acerca del escritor de la novela y lo que haríamos durante el día, pero él hizo la pantomima de cerrar la cremallera de su boca y arrojar la llave.

—Le quitaría autenticidad a nuestra participación —explicó—. Nomás le digo que el escritor no es tan bueno como la paga.

Nos recomendó paciencia, todo se explicaría (o no) en su momento. Heberto y Carlota se habían separado del grupo y parecía que discutían.

—Son así, no les hagas caso —aclaró Sofía Renata.

Llegó el narrador, sobándose las manos. Esbozó un apresurado buenos días, entre dientes, y se introdujo a la tienda de autoservicio. Minutos después salió con un café caliente y volvió a saludar.

—Buenos días, mi gente. ¿Listos para empezar? Fue sincero el jubiloso ¡sí! con el que respondimos.

—El trabajo es fácil —prosiguió—. Ustedes sigan su día, tal como lo harían normalmente, yo los acompañaré y solo diré algo si es necesario algún señalamiento.

—Pero ¿qué vamos a hacer? —preguntó el de cabello largo.

—Lo que gusten —respondió el narrador.

—¿No viene el escritor? —quise saber.

—Él ya llegó, incluso primero que ustedes. Ha estado aquí todo el tiempo.

Me defendí de las miradas: yo no soy. El grandulón se encogió de hombros y volvió a manifestar su cremallera bucal.

—Por cierto, Gaspar —dijo el narrador con severidad—. Me pareció de mal gusto tu comentario acerca del Señor Autor.

Así que esas eran las reglas del juego. El narrador sabía todo, el autor estaba en todas partes y nosotros teníamos “libre albedrío”.

—Así es —dijo el narrador, leyendo mis pensamientos—. No les pido que sean más de lo que son ni que hagan otra cosa más de lo que querrían hacer.

—O sea que solo soy un profe de literatura —agregué.

Me observó como a un niño que pide ayuda en una calle desierta.

—Eres parte fundamental de la historia, como todos los aquí presentes. Más que un pedagogo. —Y tras una pausa que se podría considerar dramática, agregó—: Eres el amigo gay de la protagonista.

No tengo prejuicios, pero me sentí ofendido.

—Yo - no - soy - gay —dijeron mis prejuicios, puntualizando cada monosílabo.

El narrador esbozó una sonrisa condescendiente que me pareció aún más ofensiva.

—Entonces se espera que yo interprete el papel de un hombre homosexual —dije.

—No somos actores —explicó Sofía Renata.

—¿Cómo podemos ser nosotros y actuar con naturalidad si nos pide que no seamos nosotros? —pregunté.

—No te debería ofender ser gay —interrumpió Carlota, que había regresado sola de su discusión con Heberto.

—No soy…

—Tómalo con calma —sugirió el narrador sin dejar la sonrisita—. Mira, para que te sientas mejor, digamos que eres gay de clóset. Lo quieres ocultar, por eso tu insistencia en que no lo eres.

—Eso está bien —agregó Carlota en un tono solidario—, no te juzgaremos.

4

Éramos personajes sin rumbo, descarriados, abandonados a nuestros propios designios. Decidimos buscar un transporte público y abordarlo, en busca de alguna aventura, de un… ¿conflicto? ¿No es acaso el conflicto lo que impulsa a los personajes? Buscamos una vagoneta que pudiera acomodar a cinco personajes y un narrador. La espera fue larga. Pasaban repletas de pasajeros cuyos rostros, pegados a las ventanillas, parecían pedir auxilio.

Por fin llegó un vehículo de donde descendieron justamente seis pasajeros: cuatro jóvenes y dos personas mayores que ellos, uno con lentes y corbata. Imaginé que podrían ser igual que nosotros, personajes y un narrador. Pensé que un sinnúmero de autores trabajaba con un sinnúmero de narradores que, a su vez…

Un estruendoso reguetón sonaba en el interior de la vagoneta, azotaba como una lluvia de taladros. Consideré sentarme junto a Carlota, pero recapacité y decidí ubicarme en el asiento detrás de ella. El narrador halló su lugar al fondo.

—¿Cuál fue el último libro que leíste? —me preguntó Sofía Renata. Estuve a punto de decir la verdad, que el último libro que terminé completo había sido hace más de una década y...

—Releo los clásicos —respondí, sabiendo que la definición de “releer”, según la Real Academia, es “pretexto que se usa cuando no se lee nada”.

Carlota tomó la iniciativa. Habló de poesía como una muchacha que nunca ha salido de su pueblo hablaría de la gran ciudad. Mis nuevos amiguitos eran tan inocentes en sus apreciaciones literarias que, del interior más profundo de mi alma, surgió la pregunta ¿pues cuántos años tienen?, lo cual provocó un abrupto silencio, largos suspiros y la confesión de sus edades.

Yo intuía que formábamos parte de un experimento, que el narrador reportaría cada una de nuestras acciones al escritor; si no, ¿de dónde saldría la novela? El narrador no debía ser más que el auxiliar de un antropólogo, el que se ensucia las manos durante el trabajo de campo para beneficio del escritor.

—¿O no es así? —dije en voz alta, consciente de que el narrador escucharía mis pensamientos.

—Qué —dijo Gaspar Armando, sentado a mi lado.

—Lo que estoy pensando.

—¿Qué estás pensando? —preguntó José Jacinto.

—Que esta es una farsa —inventé—, que no hay ninguna novela, que nomás viajamos como pendejos, sin razón ni motivo. Al final nos dirán que todo fue una broma.

—Es igual que la vida —dijo Sofía Renata, la existencialista.

—¿O no es así, señor narrador? —Todavía molesto porque había puesto en duda mis preferencias sexuales, lancé la pregunta como un dardo. Ahora me dirigía a él directamente. Noté cierto disgusto en su rostro.

—¿A qué te refieres, profesor?

—Usted sabe a lo que me refiero.

—Podrías referirte a la búsqueda de un conflicto adecuado para la historia, tu animadversión por el reguetón, tu escasa lectura, la decisión de no sentarte junto a la señorita Carlota, ese asunto del antropólogo o la idea de que todo esto es una farsa. ¿A qué te refieres en específico?

Pensé: pinche narrador culero, ya sabes a lo que me refiero y no te hagas pendejo porque sé muy bien que estás leyendo mis pensamientos. Y muchas gracias por balconearme, ojete. Luego dije:

—A lo que usted guste responder, señor narrador.

Tomó su tiempo. Intentó demostrar que no le había ofendido mi retahíla de insultos, pero noté un leve rictus que delataba su molestia.

—Soy un narrador omnisciente. Como ustedes saben, esta es una clasificación muy especial. Piensen en lo que significa saberlo todo. El Señor Autor me ha conferido esta inmensa responsabilidad. Podría estar en mi casa, bebiendo un café, y aun así sabría todo acerca de este viaje que realizan. Pero el Señor Autor me ha concedido la libertad de tomar decisiones y he optado por acompañarlos en la odisea. No soy meramente un asistente ni necesito reportar mis hallazgos cada noche. Quiero vivir lo que ustedes viven, entusiasmarme con lo que a ustedes les entusiasma. Quiero ser parte del grupo, que me consideren igual que ustedes aunque no lo sea.

—¿No es igual a nosotros? —preguntó Carlota.

—Claro que no —dijo Gaspar Armando—, es nuestro supervisor.

—No quiero que lo vean así —dijo el narrador—. Para el Señor Autor, todos somos iguales. Esa clasificación de personajes primarios y secundarios es académica. Para él, ustedes guardan la misma

importancia, tanto así como el señor chofer o la señora en aquel asiento, atormentada por sus pensamientos: un marido que la acaba de abandonar, hijos pequeños, futuro incierto.

Volteamos hacia la señora. Estaba sentada en un rincón de la vagoneta. No sé los demás, pero no me había percatado de ella hasta que el narrador la mencionó. Tendría unos treinta años, vestía con humildad y veía a través de la ventana como si viajara en un mundo propio. De pronto sintió nuestros ojos encima. Me hubiera gustado que fuera un instante singular, un acto solidario de profunda humanidad; pero su gesto pacífico se transformó en uno de furia cuando nos gritó: "¡Qué me ven, pendejos!". Desviamos la mirada al instante.

El narrador se disponía a continuar con su perorata pero fue interrumpido por el chofer que anunció que había terminado la ruta y debíamos abandonar la vagoneta. Adiós para siempre, reguetón doloroso.

Nos encontrábamos en un lugar remoto, al este de la ciudad. Contemplamos en silencio un paisaje desahuciado, cuyas calles de terracería parecían haber sido trazadas por un niño. Transitaba poca gente, había pocas señales de vida: un anciano que avanzaba con dolorosa obstinación, mujeres que luchaban contra sus niños pequeños, arrastrándolos del brazo porque se negaban a caminar; perros flacos que deambulaban en busca de esperanza. Había un tufo en el ambiente, mezcla de muerte y olvido. Era un barrio que ninguno de nosotros lograba identificar. Podríamos encontrarnos en otra ciudad, una realidad distinta. Lo único que guardaba un dejo de familiaridad era la tienda de autoservicio. Con urgencia nos abastecimos de una dotación de galletas, refrescos y papas fritas para librarnos del susto.

Sin más que hacer en esa zona alejada de la mano de Dios, decidimos regresar. Buscamos un transporte y resultó que todavía estaba ahí la vagoneta en que habíamos llegado. El chofer tomó su tiempo para dejarnos entrar, hasta que terminó de comer una torta. Nos recibió con fastidio, castigándonos con otra fuerte dosis de taladros:

Babeo por ti, mi nena
con saliva que envenena.
Eres mi corte de cabello
y quiero ponerte mi sello
en el cuello con un destello.

Nos sentamos en los mismos lugares. También la señora taciturna que abordó de nuevo y se introdujo en la misma burbuja existencial del primer viaje.

A diferencia de nuestro platicador viaje de ida, el regreso fue circunspecto, cada quien navegando en su silencio. La ciudad se deshizo de sus remotos extremos y recobró sus modernas avenidas. Regresamos al punto de inicio y el narrador nos anunció que había sido todo por hoy. Extrajo un fajo de billetes y repartió el pago en efectivo mientras nos daba indicaciones para el siguiente día.

—¿No es absurdo —pregunté— que unos personajes de novela se desplacen del punto A al B y de regreso al A sin motivo aparente?

—El Señor Autor es un ser que no desperdicia ideas, lo mejor es no dudar de sus propósitos —recitó el narrador como un mal actor que ha memorizado un libreto. Sin agregar mayor información, dijo: "Mañana a la misma hora" y se alejó caminando.

La verdad, me parecía que el escritor inventaba sobre la marcha. No tenía un plan o un argumento bien definido. Imaginé una trama sin ilación, que se regodeaba en la desorganización de sus personajes. Ínfulas de Joyce. De seguro incluiría disertaciones sobre el arte de escribir, comparándolo con la humanidad y su miserable existencia.

—¿Se fijaron que el narrador también le pagó a la señora y al chofer? —preguntó José Jacinto.

—Así funciona —dijo Gaspar Armando.

—¿Cómo funciona? —quisimos saber. Pero el grandulón se negó a decir más.

Las chicas repartieron besos de mejilla y yo recibí el de Carlota con un alborozado bochorno. Antes de despedirnos, me preguntó en privado por qué no había querido sentarme junto a ella. Maldito balconeo. Urdí la mejor explicación que pude: "Soy tímido y cierta gente me intimida, por ejemplo tú. No porque seas intimidante sino porque…". Aproveché para preguntarle por el musculoso Heberto. ¿No formaba parte del grupo?

—No. Me acompañó porque es un poco celoso y quería ver con quién iba a trabajar.

No dijo más. No pregunté más. Me despedí de ella con una sonrisa y algo parecido al rubor.

Transcurrió el resto del día con su acostumbrada aburrición. Pasé por una tienda a comprar botes de crema de elote y papel del baño. Era grato el efecto de traer dinero en el bolsillo. La experiencia había sido inofensiva, un simple paseo en transporte público con unos jóvenes simpáticos, por el cual había recibido un pago satisfactorio.

No hubiera tenido relevancia si no fuera porque no dejaba de pensar en Carlota, su presencia me hacía recordar pasajes irrecuperables de mi juventud. Una cosa me llevó a otra y terminé evocando a mi esposa, nuestra luna de miel, nuestros momentos felices. Asimismo, el derrumbe de nuestra relación, sus acusaciones.

Para ella, me había vuelto un hombre indiferente, ajeno a sus necesidades. Por su lado, ella no hacía nada por entenderme. Finalmente, nos separaron asuntos anodinos. Por ejemplo, no aceptaba mi forma de ser, criticaba mi fascinación por la esplendorosa Britney, que yo tuviera todos sus discos (nueve de estudio, ocho compilaciones y nueve *box sets*), que hubiera visto todas sus películas (*Crossroads*, mi favorita), que me supiera de memoria su biografía (desde sus humildes inicios en Mississippi hasta los crueles años que pasó dominada por su padre y su jubilosa liberación). “Eso no es de hombres”, me decía. Le molestaba escuchar el timbre de mi celular. Debió adivinar mi respuesta a su ultimátum “Britney o yo”. Mi esposa se esfumó después de eso. El siguiente día encontré el ropero vacío; se llevó sus fotos, sus libros, sus carteles de los Ramones y la Maldita Vecindad... Ni un vestigio de ella quedó en nuestra casa.

Esa noche tuve un sueño extraño: estaba recostado sobre un área rocosa, desnudo, amodorrado y contemplando el cielo cuando, de entre las nubes, se asomó un anciano rodeado de ángeles (entre ellos, por cierto, se encontraban Carlota y Britney). Tenía mis propios rasgos aunque él gozaba de una larga cabellera y barbas blancas, algodonadas. Vestía una especie de camisón de hospital. Impulsado por la curiosidad, extendí el brazo al tiempo que él hacía lo mismo. Nuestros dedos índices se encontraron y se escuchó un sonido parecido a ¡ping! Escuché su poderosa voz:

Yo soy él,
como tú eres él,
como tú eres yo
y todos estamos juntos.

Y no supe lo demás porque sonó el despertador.

5

Seis de la mañana. Tienda de autoservicio. Nos sorprendió José Jacinto cuando llegó con el carro de su papá y un plan específico para nosotros: pasaríamos el día en la playa. Los chicos se entusiasmaron y a mí se me ocurrió una travesura: aprovecharíamos el primer descuido del narrador para abandonarlo.

Como pudimos, nos amontonamos en el carro compacto, un Nissan del año de la cachetada. Carlota se sentó en las piernas de Sofía Renata. Yo me apeñusqué junto a ellas y Gaspar Armando a mi derecha. El narrador ocuparía la posición de copiloto pero antes nos pidió unos momentos para comprar un café. Sin perder tiempo, le dije a José Jacinto que arrancáramos y este no dudó en hacerlo: dichoso pisó el acelerador. Camino a la playa no dejábamos de reír a carcajadas. Imaginábamos el gesto del narrador al descubrir que lo habíamos abandonado.

Nos estacionamos frente al malecón. Como aún era temprano, los bares, las tiendas de artesanías y los restaurantes que viven del turismo local estaban cerrados. Nos quedamos de pie, mirando las olas que desembocaban en espuma, escuchando el estruendo que provocaban, sintiendo la brisa que nos acariciaba. Era un llamado de sirenas. Volaron zapatos, calcetines, pantalones se arremangaron. Los jóvenes corrieron a mojarse los pies. Las corrientes marinas llegaban gélidas desde el remoto norte; aun así, el llamado era poderoso. Hubiera ido tras ellos, pero una fuerza invisible me lo impedía. La edad, el sentido común, el temor a la pulmonía, una mezcla de estupideces. Me senté sobre la arena. Los contemplaba, pensando que a su edad hubiera hecho lo mismo.

Carlota llevaba una blusa floreada, sin mangas, que mostraba sin pudor las huellas de su vacunación infantil. Era pequeña de estatura, con una frente amplia y una extensa cabellera que se recogía en forma de chongo. Volteaba hacia mí, agitando los brazos, llamándome para que me acercara al agua. Yo sonreía sin responder; la contemplaba, extasiado.

Muy seria, abandonó las olas y se paró frente a mí. Sus pies

diminutos estaban coronados por dedos que bajaban con perfección, de mayor a menor, como una escala musical. Estaba mojada hasta las rodillas. Se sentó a mi lado, muy cerca, y juntos contemplamos a los demás. Jugaban, se mojaban entre ellos, divertidos.

—Son como niños, ¿verdad? —comentó Carlota, y yo la miré con la sorpresa de un cachorro que observa su reflejo en un espejo por primera vez.

Una voz detrás de nosotros rompió el hechizo:

—Qué bonito es el amor —dijo el narrador. Sentado en una silla, su ropa doblada sobre una toalla, se untaba protector solar y llevaba puesto un traje de baño. Tenía piernas flacas y velludas.

En horario laboral, según parecía, no había forma de escapar de él. Nuestras vidas pertenecían al autor de la novela, donde quiera que se encontrara. Más valía resignarnos. Fuera o no cierto, decidí actuar como un personaje heroico, que no duda de sus decisiones. Invité a Carlota a caminar. A pesar de la diferencia de edades, había química entre nosotros, mustias y agradables sensaciones que se trasmitían como ondas de radio.

—No me vas a creer —dijo mientras nos alejábamos de los demás —, pero he pensado mucho en ti. Me he preguntado por qué un hombre con mayor experiencia que nosotros se interesaría por un trabajo como este.

Me gustó la forma en que dijo experiencia.

—¿Qué tiene de especial? —pregunté.

—Es un trabajo para estudiantes, como sacar copias o hacer hamburguesas.

Esta vez el hechizo fue interrumpido por un ruido que provenía del malecón: una motocicleta se había estacionado junto al carro de José Jacinto y el conductor aceleraba una vez tras otra, provocando una estruendosa pedorrera. Carlota hizo una mueca.

—Es Heberto. Ayer hablé con él, le dije que no lo quería volver a ver.

El susodicho entró a escena como un galán de telenovela. Con movimientos ágiles se despojó del casco oscuro que le ocultaba el rostro. Su blonda cabellera ondeaba en cámara lenta como en un comercial de champú.

A grandes zancadas y con el casco en la mano, caminó hacia el grupo que formaban el narrador y los muchachos. Los vimos señalar hacia nosotros. Nos encontrábamos a unos cincuenta metros de distancia y con las mismas zancadas, enérgicas, se dirigió a donde estábamos. Era un muchacho decidido en plena lucha salvaje por la

mujer que amaba. Admiré su gallardía, sus musculosos brazos que se asomaban por una camiseta sin mangas, que brillaban bajo la luz del sol mañanero.

En poco tiempo estaba parado frente a nosotros. Su rostro era una agraciada mezcla de ángulos y curvas, sus ojos de un color verdoso que intimidaba. Fue admiración a primera vista. Hasta que habló:

—¿Y este pendejo qué?

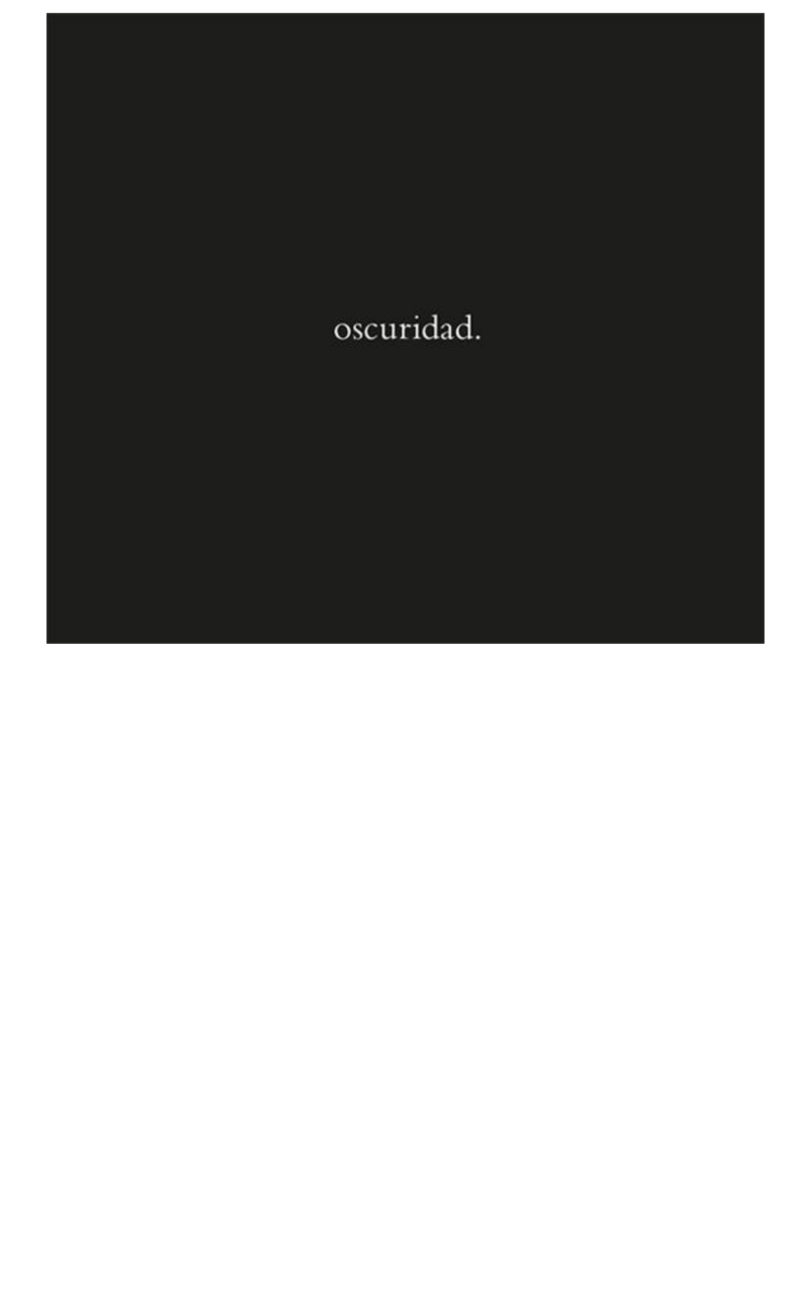
Carlota tenía la actitud retadora de quien ha domado bestias toda su vida.

—¿A qué viniste? —Quiero decirte unas cosas... ¿A poco prefieres a este vejete?

No me ofendió el comentario porque disfrutaba la pintoresca escena. Se trataba de un animalito silvestre, de escaso cacumen, que imploraba a su dueña que no lo abandonara. Con escaso talento histriónico, intentaba mostrar un machismo que no le era natural ni había tenido la oportunidad de ensayar frente a un espejo. Quizás había leído que, ante la amenaza de perder a una hembra, se debería desencadenar al general revolucionario que todo mexicano lleva dentro. Tal vez se veía él mismo con un gran sombrero y con el pecho cruzado por cinturones de balas. Pero, oh sorpresa, la bella Carlota no era una cándida soldadera sino que encarnaba a la más pujante diosa del cine clásico nacional. Con cejas arqueadas y un hermoso puñito levantado, pronunció lo siguiente:

—Te dije que ya estaba cansada y que no quería volver a verte. Te lo dije por mensaje, por teléfono y en persona. ¿Qué quieres ahora, que te escriba un libro para que me entiendas?

Era una situación deslumbrante y me apenaba que el narrador no estuviera ahí para observar ese formidable altercado. Me cautivó el rostro del entrometido bellaco, que no tenía edad suficiente para responder con la misma inteligencia. Su batalla estaba perdida. Ante la elocuencia y determinación de Carlota, solo se podía optar por el silencio o la rendición. También había una tercera opción, más contundente, que yo había decidido ignorar pero que Heberto lamentablemente escogió. Decidió desquitarse con la única persona que no tenía vela en el entierro: con un repentino movimiento de brazo, azotó su casco en mi cabeza, lo cual provocó en mí la llegada de una inmediata y profunda


oscuridad.

6

Nunca fui un niño buscapleitos. Era más bien tímido y la violencia me asustaba. Algunos opinarían que era cobardía lo que me hacía huir, yo pensaría que era un básico instinto de supervivencia. El caso es que yo era el primero en correr cuando se anunciaba una trifulca en la escuela, ni siquiera me quedaba a ver los golpes como mis amiguitos que disfrutaban el espectáculo de los pleitos escolares. Sucedía lo mismo en mi casa con las discusiones de mis padres. Me escondía debajo de la mesa, esperando que terminara el cataclismo de acusaciones y mentadas de madre. Lo mismo en mi matrimonio: a mi esposa le encantaba discutir y lanzar jarrones, yo daba media vuelta y me alejaba.

Descubrí que me encontraba en una clínica, sobre una mesa de auscultación. Junto a mí estaba sentado un hombre, atento a su celular. Me parecía conocido, pero dentro de mi confusión no lograba ubicarlo. Recuperar la conciencia es regresar al mundo de los vivos, pero este retorno nunca es abrupto, se presenta por etapas. Yo tenía los ojos abiertos mas no podía decirse que podía ver. Aromas, colores, sonidos regresaban a su paso, sin prisa. La memoria tomaba su tiempo, permanecía en algún lugar recóndito de mi cerebro. Llegaron algunas sensaciones: boca seca, hormigueo en las manos y mi cabeza que palpitaba con resolución.

—Bienvenido al mundo de los vivos —dijo el narrador—. Acabo de avisar a los chicos que estás bien.

Traté de moverme. Me lo impidió una aguda punzada en mi orgullo.

—Los muchachos te trajeron —agregó—. Querían quedarse hasta que despertaras, les dije que no era necesario. —Y agregó con cierta malicia—: Heberto estaba muy preocupado por lo que sucedió.

Los recuerdos regresaban en tumulto y sin orden: infancia ingrata, adolescencia confusa, adultez testaruda, esposa desconfiada y los niños babosos de la secundaria. Los días de mi vida se reacomodaban en mi cerebro, uno sobre otro, hasta que llegaron las últimas imágenes en la playa: un casco de motocicleta que se impactó como un asteroide en mi cabeza. Al mismo tiempo arribó un

sentimiento de humillación y fracaso. El fondo de un abismo.

—Quiero salir de aquí —dije por fin.

—Sí, claro. El doctor ya te ha dado de alta.

—Ya no quiero ser personaje.

—Oh, lo siento. Nos gustaría que continuaras. El Señor Autor está muy contento con tu desempeño.

—Que se vaya a la chingada.

—Entiendo tu frustración —dijo y acercándose agregó en un susurro—: Le pasé tu número, no te preocupes.

—¿A quién?

—Te llamará esta noche —dijo tras un guiño y una traviesa sonrisa.

No me importaba. No quería saber nada de los días que habían pasado. Quería olvidarme de todo. Algo ataba mi cuerpo a la mesa de auscultación. Tuve que obligarlo: siéntate, estírate, primero un pie, el otro… Pisé el suelo. Le faltaba poco para convertirse en una tempestad.

—Aquí está el pago por tus servicios de hoy. —Le arrebaté el dinero, lo guardé sin contarlo.

—¡Renuncio! —grité mientras recorría los pasillos de la clínica, tambaleando de una pared a otra—. ¡Renuncio, renuncio!

—Tómate unos días, te esperamos.

—No me esperen, no voy a volver.

—Te puedes quedar en tu casa, da lo mismo. Yo pasaré cada noche a pagarte.

Yo no caminaba sino que huía de él.

—Es entendible que quieras escapar —dijo el narrador con un tono de voz que me pareció triste—, ojalá fuera tan fácil como desearlo.

Salí de la clínica. Los ruidos de la ciudad me pateaban la cabeza. Me deshice de él cuando logré detener un taxi y abordarlo. Aun así alcancé a escuchar sus últimas palabras: “Recuerda que eres un personaje y lo seguirás siendo hasta el final de la historia”.

El dolor era lo de menos, había una pena más profunda, primordial, que no emanaba de mi cuerpo sino que me envolvía desde afuera. Llegué a mi casa y me derrumbé sobre la cama, sin desvestirme. Cerré los ojos. Intentaba acallar la sensación de inutilidad. Quería dormir, que pasara el tiempo; olvidar no solo los últimos días sino mi vida entera. Ser olvidado, esfumarme. Me concentré en ello: desaparecer, me dije, sin dejar huella; desaparecer como si nunca hubiera nacido.

Mi cabeza dejó de percutir y ahora contenía un prolongado

zumbido como si adentro de mi cráneo estuviera encerrada una abeja que luchaba por salir, picoteando el interior. ¿Eres o no eres?, preguntaba la abeja, imitando mi voz. ¿Existes en la realidad o solo dentro de la página? ¿Naciste o eres producto de una perversa imaginación? Los recuerdos de tu vida, los sabores dulces y amargos de tu infancia, ¿son reales o invenciones de alguien que está por encima de ti? El beso que recibiste de una chica a los quince años, tu primer carro, tu título universitario… ¿En realidad te abandonó tu mujer? ¿Estuviste casado? ¿Regresaste a la secundaria para quebrar una de sus ventanas? ¿De dónde te surgió tal osadía?

No soy religioso. Tiendo a pensar que todo en el mundo tiene una explicación lógica, salvo algunos detalles como el aura, el alma, los chakras… y algunas otras cosas tal vez. Pero no soy de los que van a la iglesia a expiar sus pecados cada domingo, tampoco de los que lanza plegarias hacia lo desconocido en busca de respuestas. Sin embargo, podría decirse que estaba hasta el tope de mi vida absurda y los acontecimientos recientes. Después de todo, eran tiempos de crisis. Así es como justifico lo que hice a continuación. Recostado sobre la cama, junté las manos y por primera vez en mi vida dirigí algunas palabras de reproche a un ser invisible:

> *He descubierto tu fechoría, escritor ojete: no escribes sobre mí sino sobre ti mismo.*
>
> *Recreas tu vida en forma de novela para que tus lectores no sepan la verdad: que se trata de una autobiografía, que eres un enclenque timorato, cobarde de mierda.*
>
> *Estoy harto de ser el profesor desempleado, deprimido, reflejo de tu bochornosa existencia. Quiero ser un héroe.*
>
> *Incluso, exijo amor.*
>
> *Que otro personaje me llame ahora mismo, quiero escucharlo, quiero sentir que su dulce voz acaricie las partes ásperas de mi corazón.*
>
> *¡¿Acaso es pedir demasiado?!*

Para evitar malentendidos, mi rezo dejó de ser una imploración y se trocó en una amenaza:

> Si no lo haces, soy capaz de… de…
>
> No sabes de lo que soy capaz.
>
> Si no cumples lo que pido, voy a… voy a… ¿Sabes lo que

haré?

Me declararé en huelga. Me quedaré aquí, en silencio, sin pensar.

¿Qué opinarán tus lectores de un libro en el que no pasa nada, de páginas y páginas que solo muestran a un personaje echado en la cama?

Sería como una de esas novelas francesas en donde no hay historia, solo descripción.

¡Quiero un final feliz! ¿Me oyes? ¡Un maldito final feliz!

No podría decir cuánto tiempo pasó desde que solté esa sarta de exigencias. Permanecí en la oscuridad de la inacción, al filo de la inexistencia, sin hablar... sin pensar...

Pero, ah, qué duro es el Creador. Un ser caprichoso, poco indulgente.

Lo imaginaba ahí, frente a su escritorio, su atención fija en la pantalla de la computadora, queriendo seguir con la historia, o terminarla ya, pero sin estar dispuesto a complacer mis peticiones.

No lo retaba a duelo, tampoco intentaba ponerme por encima de él. Le solicitaba un poco de misericordia. Comprensión. Un reconocimiento por una vida llena de esfuerzos inútiles y derrotas. Pero, ah, duro y caprichoso también Yo podía ser.

Él frente a su computadora, yo echado en la cama, ambos esperando.

Yo soy él,
como tú eres él,
como tú eres yo
y todos estamos juntos.

No diré que finalmente se rindió, no soy tan arrogante como para proclamarme vencedor. Pensó mejor las cosas, quizás. De pronto una estampida de risueñas emociones invadió mi recámara cuando escuché la voz de Britney, entonando su dulce canto:

Oh, baby, baby.
How was I supposed
to know...

Por primera vez libre de dolor, me dispuse a contestar la llamada.

MANUSCRITO
HALLADO
EN UN ROLLO
DE PAPEL

Inexorable posdata
que usted puede leer o no

No importa quien
lea esta chingadera.

No importa si me alcansa
el papel para escribirlo
todo
No importa si se rompe
con mis palabras que son
muchas y estan llenas
de injuria.
No importa que alguien
llegue ahorita, que toque
la puerta y me la ralle

porque no pienso
apurarme
No importa si luego tengo
que volver a enrollar
este papel

Porque si lo voy a enrollar
de nuevo y si lo voy a dejar
aquí para el que sigue.
Queaga lo que quiera con
este papel y estas palabras
que las lea o las embarre
de mierda me da igual
PINCHE ZENAIDA.
Lástima que ya no hay

bastante papel para
escribir lo que me hicistes
De todos modos no es
por eso que te escribo
Te escribo para no
escribirte mas asi como
te escribi una vez para
empezar a escribirte.
Escribo ahora para que
sea lo ultimo que te

escribo y con estas
palabras dejes de existir
Te vas a ir como
el rremolino del agua
así dando vueltas por
el oyo del drenage y

te vas para siempre
y te clavo en un olvido
de donde nadie
puede escapar
Porque yo voy a salir
de aquí con el culo linpio
y el corazon re inaugurado.
Aqui mecho las ultimas
lagrimas y aqui dejo
el ultimo dolor.
Te escribe Reynaldo,
el que te dedicaba
sus cuentos y poesias
TU ESCRITORSITO

Podria anotar aqui
las rasones de mi despecho
pero que caso tiene
Las rasones son las mismas

y ya sean escrito
desde Adan
Artas canciones son
testimonio de otros
como yo quean perdido
la batalla y de otras
como tu que sean creido
ganadoras
Que no quede duda a
quien me refiero

Este rollo esta dedicado
a Zenaida Isabel
Rodriguez Umbral,
telefono 664
calle guasave 24-, col
hermegildo galeana

Trabaja en el depto
de contabilidad de la
compañía Interamex
Internacional
ay que te busque
el que sigue
el que sea.

Yo ya ni
siquiera
pienso
en ti

AGRADECIMIENTOS

Deseo agradecer el apoyo moral e inmoral
de las siguientes personas físicas y/o cósmicas: René Castillo, Carlos Corro,
Brandon Engrandes, Kalisha Martínez,
Lilia O'Hara, Abraam Pacheco,
Isabel Rolón, Jesús Ernesto Suárez.

Jorge "Jorjón" Gutiérrez Ruiz
y Claudia "Iaia" Morfín.
Patricia Comparán y Gabriel Pérez Tejada.
Pancho Morales y Rocío Hoffman.
Jesús Guerra Torres
y María de Gracia Balderrábano.

Mis sobrinos Azucena y Javier Villagómez.
Mis hijas Alejandra y Melissa.

La banda sexigenaria:
Edgar Garfias, Carmen Villegas y Araceli Escobar.

Mis editores:
Andrés Ramírez Bermúdez
y Natalia Rodríguez Priego.

Mis colegas del Taller Shaolín:
Gonzalo Lizardo y Adriana Azucena Rodríguez.

Baltazar Domínguez, Ricardo Peláez,
Alberto Ontiveros,
Julián Herbert, Martín Solares
y el santo patrono
José Agustín por toda su herencia.

Algunas líneas de poesía aparecen sin atribución

en los cuentos. Son de Francisco de Quevedo,
Xhevdet Bajraj, Leonardo Favio, John Lennon
y Pablo Neruda; las demás son puro invento mío.

El cuento que le da título al libro
tiene varias citas de canciones
del maestro Joan Sebastian
*(Eso y más, El primer tonto, Rumores
y Voy a conquistarte)*,
a quien obviamente
el cuento alude en forma de homenaje.

ÍNDICE

«Luis Humberto Crosthwaite hace en cada relato una reflexión sobre el cuento como la más exigente de las artes marciales.»
Martín Solares

El último show del Elegante Joan da título a una colección de cuentos donde el hilo conductor es la poesía, la música y la literatura. Un ejercicio de metaficción que aborda, desde el humor, la autorreferencia y los mecanismos propios de la escritura. Inicia con una carta de protesta, en donde los personajes del libro se quejan por haber sido maltratados por el escritor. En sus páginas desfilan poetas shaolines dispuestos a batirse a duelo; una editora panameña decidida a publicar la novela que revolucionará la literatura mundial; un joven montacarguista que por un día se transforma en compositor de corridos; el mejor y más amoroso imitador de Joan Sebastian; personajes literarios que son reclutados por una agencia de colocación para participar en una novela. Al final, un personaje se revela y reta al autor a terminar el libro sin él.

Con fino humor y desparpajo, Luis Humberto Crosthwaite nos presenta su trabajo más maduro e introspectivo. A la vez, nos recuerda, en en cada relato, que la literatura, como oficio y como arte, no tiene que ser ni solemne ni aburrida.



Luis Humberto Crosthwaite nació en Tijuana, México, en 1962. Es el escritor más emblemático de la frontera norte de México, autor de la clásica saga norteña *Idos de la mente: la increíble y (a veces) triste historia de Ramón y Cornelio*; y de las obras *Estrella de la Calle Sexta*, *Aparta de mí este cáliz*, *Instrucciones para cruzar la frontera*, entre otros títulos que plantean a Tijuana como el centro del universo, origen del *big bang* y de todo lo que es rico y sabrosos. Además, es traductor, editor y, sobre todo, amante jocoso de la comida china, de la música norteña y de una gran variedad de cervezas artesanales. Es piscos y cree que las quesadillas siembre deben llevar queso.



El último show del Elegante Joan Edición en formato digital: mayo, 2024

Este libro se realizó con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte

ISBN: 978-607-384-571-7

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx Youtube: @penguinlibrosmx

Table of Contents